



# LA AGITACIÓN COMUNISTA Y EL EJÉRCITO DE CHILE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. El Informe Berguño

## **ABSTRACT**

El eje de la última centuria fue el ciclo vital del Comunismo. De ahí que sitúe en su pórtico a la Revolución Rusa de 1917 y fije su extinción en el desplome de la Unión Soviética, ocurrido en la Navidad de 1991. Abundan las razones a favor de esa tesis; pero conviene advertir que ha sido discutida por estimarla exageradamente reduccionista. No será ésta la ocasión de terciar en el debate, pese a que España e Hispanoamérica conocieron en carne propia los efectos de esa forma particular del ímpetu revolucionario cuyo combustible era la ideología marxista-leninista. En cuanto pensamiento político capaz de explicar las realidades del siglo en curso, ya es ceniza; pero sería una torpeza desdeñar su importancia: con el Comunismo culminó una época que duró dos siglos, 1789-1989

**FRANCISCO BALART PÁEZ**  
DOCTOR EN DERECHO (U. DE NAVARRA)

*La revolución es una guerra.  
Es de todas las guerras que conoce la historia,  
la única legítima, justa y realmente grande.*

Lenin

*Un ejército pierde si no gana.  
Una guerrilla gana si no pierde.*

Kissinger

## INTRODUCCIÓN

Se ha convertido en tópico suponer que la posibilidad de historiar un acontecimiento exige distancia, lejanía, el paso de al menos un par de generaciones. Así, para ser objetivo, el historiador debiera limitarse a operar sobre cadáveres ya pulverizados. Pero un nuevo campo de estudios, la historia del tiempo reciente, ha puesto de manifiesto que también es posible analizar el pasado reciente con el rigor de la “ciencia de lo acontecido”.<sup>1</sup> El concepto ya circula entre los historiadores de nuestro país.<sup>2</sup> Pero, ¿no será ésta otra ocurrencia posmoderna? Es cierto que entre los ataques a la razón y su corolario más lamentable, la posverdad, parece haberse disuelto hasta la noción misma de certidumbre, lo que ha convertido el pretérito de algunas naciones -entre ellas Chile- en algo impredecible. Pero también lo es que, hace ya un siglo, uno de los españoles más cultos de su época, Rafael Altamira, advirtió que “hay hechos que el historiador puede ver por sí.”<sup>3</sup> Entonces, contando con cierta dosis de instinto, refinamiento metodológico y honestidad intelectual, podría ser perfectamente posible historiar el tiempo contemporáneo. Para comprobarlo bastará con citar a Eric J. Hobsbawm (1917-2012), cuya caracterización del siglo XX ha alcanzado notable consenso.

Para este historiador británico, el eje de la última centuria fue el ciclo vital del Comunismo. De ahí que sitúe en su pórtico a la Revolución Rusa de 1917 -un acontecimiento inseparable de la Gran Guerra 1914-1918-, y fije su extinción en el desplome de la Unión Soviética, ocurrido en la Navidad de 1991.<sup>4</sup> Abundan las razones a favor de esa tesis; pero

---

<sup>1</sup> Como explica José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, Revista de Occidente, Madrid, 1958, p. 14, “empleamos la palabra Historia en tres planos diferentes: en el de los hechos acontecidos, en el de la noticia de estos hechos y en el ciencia de lo acontecido.”

<sup>2</sup> Véase Ángel Soto Gamboa, “Historia del presente: Estado de la cuestión y conceptualización,” en *Historia actual on line* N° 3 (Invierno, 2004), pp. 101-116.

<sup>3</sup> Rafael Altamira y Crevea, *Cuestiones modernas de Historia*, Madrid, 1904, p. 124.

<sup>4</sup> La obra en cuestión es, por supuesto, su *Historia del siglo XX*, Crítica, Madrid, 1995. El título del original en inglés, publicado el año anterior, es más explícito: *La era de los extremos: El corto siglo XX: 1914-1991*. Es sugestivo que la característica de siglo corto contraste tan vivamente con la duración del siglo precedente, que el mismo Hobsbawm sitúa entre 1789 y 1914, subdividiéndolo en una trilogía, *La era de la revolución; La era del capitalismo; La era de los imperios*. Dado que, como reza el refranero lo prudente es escuchar las campanas y, además, conocer al campanero, debe tenerse a la vista que Hobsbawm militó en el Partido Comunista de Gran

conviene advertir que ha sido discutida por estimarla exageradamente reduccionista.<sup>5</sup> No será ésta la ocasión de terciar en el debate, pese a que España e Hispanoamérica conocieron en carne propia los efectos de esa forma particular del ímpetu revolucionario cuyo combustible era la ideología marxista-leninista. En cuanto pensamiento político capaz de explicar las realidades del siglo en curso, ya es ceniza; pero sería una torpeza desdeñar su importancia: con el Comunismo culminó una época que duró dos siglos, 1789-1989, “durante la cual la política europea y luego la mundial se vieron trastornadas por una concepción visionaria de la sociedad moderna que ofrecía a los condenados de la tierra la posibilidad de crear una sociedad basada en la armonía y la igualdad.”<sup>6</sup>

La construcción paradigmática del Comunismo fue la Unión Soviética, un Estado-Partido, no un Estado-Nación. Tenía, por ello, una concepción distinta de los intereses que tradicionalmente ha procurado satisfacer la unidad política soberana. Era, por así decirlo, un cuerpo extraño en el concierto internacional y, de hecho, sólo fue admitida en la Sociedad de las Naciones el año 1934, siendo expulsada a los cinco años por agredir a Finlandia sin mediar provocación. Esa medida careció de importancia práctica, se dirá; pero que un organismo en plena agonía terminal haya tenido el coraje de ponerla en el canasto de los indeseables, debiera motivar al menos una reflexión. Después de todo, la diplomacia actúa mediante gestos cargados de significado. La Unión Soviética no lo comprendió -no podía hacerlo porque su

---

Bretaña entre 1936 y 1991, cuando éste, tras el colapso soviético, abandonó formalmente *the british road to socialism*, su programa, mutando en Partido Comunista Británico. Entonces, Hobsbawm, Christopher Hill, Raphael Samuel y Edward Palmer Thompson, entre otros antiguos miembros de la Sociedad de Historiadores Comunistas, se reorganizaron en la *Social History Society* y desde ahí continuaron, imperturbables, su particular concepción de la “historia desde abajo”. Naturalmente, el desempeño académico de Hobsbawm tiene innegables méritos; pero es inverosímil que el compromiso militante abrazado por décadas le haya resultado indiferente al conceptualizar su percepción de lo más relevante de su propio tiempo. En consecuencia, paradójicamente, el marco temporal en uso sobre el siglo XX lo determinó el vencido, no el vencedor del conflicto que le dio forma y significado histórico.

<sup>5</sup> Así, por ejemplo, el historiador francés Pierre Nora, autor de una obra del mayor interés para distinguir Memoria e Historia, *Les Lieux de mémoire*, siete volúmenes publicados por Gallimard entre 1984 y 1992, siendo director de la colección *Bibliothèque des histoires* de aquella editorial, en 1997 se negó a traducir *Age of Extremes*, aduciendo la implicación con la causa revolucionaria de Hobsbawm, que reinterpreta los grandes acontecimientos del siglo XX en torno al comunismo y más precisamente de la Unión Soviética. Pierre Nora ha dicho que Francois Furet -quien pidió la traducción en una larga nota a pie de página en *Passé d'une illusion* (1995)-, le había aconsejado: *Traduis-le, bon sang ! Ce n'est pas le premier mauvais livre que tu publieras* (Tradúcele, ¡pardiez! No es el primer mal libro que habrás publicado). El libro finalmente vio la luz en 1999, con el título *L'Âge des extrêmes*, en Éditions Complexe, Bruselas, con la colaboración de *Monde diplomatique*, revista mensual controlada por *Le Monde*, vespertino parisino de centroizquierda. En castellano, véase Pierre Nora, *Pierre Nora en les lieux de mémoire*, LOM Editores, Santiago, 2009.

<sup>6</sup> David Priestland, *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Crítica, Barcelona, 2010, p. 11.

credo y el lenguaje que lo expresaba eran violencia cruda y dura-, como lo retrata una anécdota famosa: en mayo de 1935, Francia, alarmada por la voluntad alemana de rearmarse, buscó tonificar sus lazos con la Unión Soviética suscribiendo un pacto de no agresión, un pacto similar y del mismo valor al que tres años más tarde la gran potencia del este acordaría con Alemania. Durante las negociaciones el ministro de Asuntos Exteriores Pierre Laval, reunido con Stalin en el Kremlin, le solicitó que atenuara la presión comunista sobre los católicos rusos (los uniatas), concesión que le ayudaría a mejorar las relaciones de su gobierno con el Vaticano. Entonces Stalin habría exclamado: ¡Ah, el Papa! ¿Cuántas divisiones tiene el Papa? Sea o no verídico el relato, lo cierto es que nadie, ni las personas ni las instituciones, pudieron permanecer neutrales ante el acoso de ese poder criminal nacido con vocación de expansión universal.

Todo aquello es de sobra conocido y se encuentra bien documentado.<sup>7</sup> Pero no ha sucedido lo mismo con la otra cara de la moneda: si tienen razón quienes, como Hobsbawm, han visto en el Comunismo al fenómeno político-militar decisivo del siglo XX, lógico es suponer que a sus enemigos naturales, la Iglesia y las Fuerzas Armadas de las naciones afectadas, les cupo un rol protagónico en la trama de aquél lapso de la historia reciente. A aquella, porque en la feroz radicalidad de su ateísmo el Comunismo pretendió convertirse en su contrahechura; a éstos, porque los hombres de armas materializan el último rescoldo de soberanía de cualquier comunidad nacional. La Iglesia, a petición de Juan Pablo II, levantó inventario.<sup>8</sup> Los ejércitos continúan siendo, por ahora, *la grande muette*.

Esta monografía tiene por línea de horizonte a ese panorama histórico, asumiendo como punto focal que la trabazón dialéctica que condicionó como ninguna otra la fisonomía moral, política, social y económica del siglo XX chileno fue la tensión entre el Ejército y el Partido Comunista. Para entender esa conexión -y tantas otras que apresan la estructura de la vida histórica y social de una época- conviene despojarla de toda subjetividad y situarla en el nivel de la abstracción. Persiguiendo esa meta, correspondió a Max Weber el mérito de haber

---

<sup>7</sup> La bibliografía es tan copiosa que se ha tornado prácticamente inmanejable. Por todos, Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, Jean-Louis Panne y Jean-Louis Margolin, *El libro negro del comunismo*, S.A. Ediciones B, Barcelona, 2010.

<sup>8</sup> La síntesis de ese trabajo impresionante fue publicada el año 2000. En castellano, Andrea Riccardi, *El siglo de los mártires*, Plaza & Janes, Barcelona, 2001.

formulado en el plano de la Teoría de la Sociología una explicación, hoy ampliamente compartida, que constituye una descripción antropológica y axiológica de la forma en que los seres humanos orientan sus acciones, decisiones e interacciones sociales. La piedra sillar de esta teoría es la existencia de espacios de la acción social denominados “esferas de valores”, cuya típica característica al relacionarse con otras consiste en que “están dominadas por un conflicto irresoluble, esto es, por una necesidad de acuerdos continuos.”<sup>9</sup>

La coexistencia entre esferas de valores distintos y distantes hasta el punto de la incompatibilidad radical -una encaminada a la defensa de la integridad de la patria común, la otra al aplastamiento de una clase social por otra bajo un imperativo internacionalista- tenía que ser difícil, inestable y necesariamente polémica, porque el Comunismo nunca ocultó que para alcanzar sus designios le era indispensable destruir o someter previamente a la fuerza militar nacional, lo que obviamente le obligaba a contar con una fuerza militar propia, muchas veces clandestina, con lo cual horadaba la condición de existencia del Estado, a saber, el monopolio exclusivo de la fuerza.<sup>10</sup> Los textos canónicos de sus estrategias así lo enunciaban y la evidencia histórica global y local lo ha comprobado hasta la saciedad.

Así, Lenin en septiembre de 1916 –esto es, mientras Rusia combatía una guerra decisiva- instruyó a sus partidarios desde Suiza, donde se encontraba refugiado: “Desde el punto de vista teórico sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación

---

<sup>9</sup> Max Weber en carta a Robert Willbrandt, 2 de abril de 1913. Citada en Juan Cruz Esquivel, “Notas sobre las esferas diferenciadas de valor en Max Weber”, en *Revista de Ciencias Sociales y Religión*, Año 1, N°1, Porto Alegre, septiembre de 1999, p. 27.

Las esferas de los valores son al menos cinco: la técnica, la moral, la política, el arte y la religión. La lógica de cada una de ellas es distinta y singular; pero, aunque diferentes e independientes, no se trata de compartimentos estancos -como las mónadas leibnizianas-, sino que se limitan y comunican entre sí. Así, cuando se afirma que el estilo de la vida actual es tecnocrático, se quiere decir que hoy la esfera de la técnica gravita extraordinariamente sobre las demás. Según Weber, las esferas de los valores no están ordenadas en un tipo de jerarquía axiológica, como lo sostuvo el filósofo cristiano Max Scheler, por ejemplo.

Max Weber fue perfilando esta teoría en diversos escritos, como en *El político y el científico* y en *Sociología de la religión*. Para la primera obra es recomendable la edición de Alianza Editorial, Madrid, 2005, porque la enriquece el prólogo de Raymond Aron. Para la otra, la edición de Akal, México, 2012, porque además reproduce los capítulos teóricos de sus *Ensayos sobre sociología de la religión*, lo que permite apreciar el conjunto de sus postulados.

Para el análisis de esta teoría, en castellano, José Luis Villacañas, “Esferas de acción y sistema filosófico. El carácter imprescindible de la retórica”, en *Daimon* N° 24, sept-dic 1986, pp. 111-127.

<sup>10</sup> Max Weber, *El político y el científico*, op. cit., p. 83.

de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por ello mismo, la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de las guerras e insurrecciones del proletariado contra la burguesía; en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias, etc. A lo dicho hay que añadir la siguiente consideración general. Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos. Nosotros, si no queremos convertirnos en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases -ya se funde en la esclavitud, en la servidumbre, o, como ahora, en el trabajo asalariado-, la clase opresora está armada. No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia actual -incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, como, por ejemplo, en Suiza-, representan el armamento de la burguesía contra el proletariado. Esta es una verdad tan elemental, que apenas si hay necesidad de detenerse especialmente en ella. Bastará recordar el empleo del ejército contra los huelguistas en todos los países capitalistas.”<sup>11</sup>

En la situación por la que atravesaba Rusia, esas palabras eran traición... cosa que a Lenin le tenía sin cuidado: “la revolución es una guerra –decía-. Es de todas las guerras que conoce la historia, la única legítima, legal, justa y realmente grande.”<sup>12</sup> Lenin, además, “no sólo elaboró teóricamente las tesis fundamentales sobre la insurrección armada, no sólo organizó la preparación política y militar de la clase obrera y su partido, del ejército y de la flota para llevarla a cabo, sino que también estuvo al frente de la dirección práctica de la insurrección.”<sup>13</sup> De hecho, aunque Rusia todavía se debatía en una guerra intestina, Lenin

---

<sup>11</sup> V. I. Lenin, “El programa militar de la revolución proletaria”. El texto completo en [https://www.google.cl/search?q=Lenin%2C+La+revoluci%C3%B3n+es+una+guerra&rlz=1C1VFKB\\_enCL597CL598&oq=L&aqs=chrome.0.69i5913j69i60j69i57j69i60.3575j0j8&sourceid=chrome&ie=UTF-8](https://www.google.cl/search?q=Lenin%2C+La+revoluci%C3%B3n+es+una+guerra&rlz=1C1VFKB_enCL597CL598&oq=L&aqs=chrome.0.69i5913j69i60j69i57j69i60.3575j0j8&sourceid=chrome&ie=UTF-8)

<sup>12</sup> Citado según *Obras Militares escogidas de Lenin*, Biblioteca El Oficial, La Habana, 1970, p. 8. Esta obra documenta en 826 páginas el pensamiento de Lenin sobre los asuntos militares, tal como fue recogido en cientos de documentos elaborados personalmente por el líder soviético.

<sup>13</sup> Idem, p. 18.

lanzó en 1920 al legendario Primer Ejército de Caballería sobre el recién creado Estado de Polonia, siendo detenido a las puertas de Varsovia. Las exigencias de la guerra subversiva configuraron en la mentalidad comunista lo que en adelante habrían de entender por relación civil-militar.<sup>14</sup> La doctrina militar de Lenin no fue una especie de lección académica para los comunistas chilenos. Toda su política durante el siglo XX se sostuvo en la combinación de dos estrategias, participando a cara descubierta en la legalidad burguesa y aprestando simultáneamente en la clandestinidad el instrumento militar. Siempre fue así, aunque el grado de intensidad de una u otra varió según lo recomendara la correlación objetiva de fuerzas.

A un siglo de distancia puede resultar sorprendente la atención que en Chile merecieron las peripecias de la Revolución Rusa, un interés muy superior al que concitó la Revolución Mexicana, más cercana en principio; pero la sorpresa se disipa si se tiene en cuenta que aquí, con anterioridad a la Revolución Bolchevique, ya existía una fuerza política inspirada en los mismos principios que allá encontraron cause. Con el triunfo de la Revolución de Octubre y lo que después siguió -y esto es lo verdaderamente importante-, nadie podía ignorar que en las consignas revolucionarias no latía una sensibilidad socialista sublimada en sueños belicosos, sino una voluntad fría e inflexible, capaz de derrumbar a un Imperio, hacer morir de hambre a millones de campesinos y asesinar a los burgueses y aristócratas que no huyeron a tiempo – incluso el zar y su familia- levantando sobre esa *tabula rasa* una potencia resuelta a extender la insurrección más allá de sus fronteras. Para que no hubiera dudas, el propio Lenin anatemizó el romanticismo revolucionario en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, publicado en 1920.

En Chile el Comunismo encontró su primer campo de maniobras en la zona salitrera, donde la realidad psicosocial era muy diferente a la imperante en el valle central, la zona agrícola del país, donde habitaba el grueso de la población. Allá, sobre el desierto, bullía un archipiélago de enclaves donde el proceso tecnológico de las faenas mineras y las condiciones de vida de los obreros eran similares a las existentes en otras latitudes industrializadas, pues también aquí eran inocultables los efectos negativos de la cuestión social, cuya médula -en

---

<sup>14</sup> Se emplea aquí el término subversión en el sentido que tiene para la Ciencia Política, a saber, un intento sistemático, llevado a cabo por un grupo organizado al efecto, que no está destinado a modificar una forma determinada de sociedad, sino a destruirla para reemplazarla por un nuevo modelo social.

palabras de Frossard- consiste en que “las industrias arrancan al pobre, a su mujer y a sus hijos de las costumbres familiares, de las bondades de la vida campesina, para confinarlos en cuartuchos malsanos, en verdaderas prisiones, donde todas las edades y todos los sexos están condenados a una degradación sistemática y progresiva.”<sup>15</sup>

Así las cosas, no puede haber sido obra del azar que el activismo político de izquierda haya sido particularmente fecundo en los campamentos salitreros Tampoco lo fue que la focalización de los conflictos laborales en la industria de la que prácticamente vivía el Estado haya generado, como reacción, la represión de los desbordes por la fuerza pública, entonces constituida por el Ejército y la Armada. Esta función no podía ser del agrado de los hombres de armas y su ejercicio, en obediencia a una autoridad política francamente asustada, no podía menos que sensibilizarlos respecto a las carencias de los sectores más modestos de la población, a la inoperancia del régimen político para atenderlas y, a la peligrosidad que representaba la existencia de una agrupación rebelde cuyos objetivos no engranaban con los de la patria.

Desde el primer momento, el Comunismo en Chile avanzó abriéndose paso sin perder de vista, en momento alguno, que su razón de ser era materializar la revolución encaminada a la dictadura del proletariado. La forma y manera de hacerlo, esto es, su línea política, también estuvo clara desde el primer día: dependería de las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética –cuyo instrumento era el Komintern<sup>16</sup>- y, hay que reconocerlo, la jerarquía criolla estuvo siempre dispuesta a obedecer órdenes impredecibles y muchas veces contradictorias. En el Ejército, en cambio, aunque “la función esencial del Estado, tanto en la era industrial como en la agrícola, continúa siendo la defensa militar de la agrupación nacional”,<sup>17</sup> repercutió la ausencia de propósitos claros y consistentes de la élite dirigente del país respecto al peligro que para la integridad nacional representaba la actividad comunista de agitación y propaganda. De manera instintiva, el cuerpo de oficiales comprendió que se trataba de una quinta columna, pero esa percepción no se tradujo en una doctrina institucional

---

<sup>15</sup> André Frossard, “Karl Marx”, en *Revista Humanitas* N° 84 (2017), pp. 116-129.

<sup>16</sup> Komintern: Sigla de la III Internacional o Internacional Comunista, fundada en 1919 con el objetivo de extender la revolución por el mundo. Se opuso al socialismo reformista y fue controlada por la Unión Soviética. En 1943, por exigirlo así la política de alianza militar con las potencias capitalistas –única manera de sobrevivir a la invasión alemana-, Stalin la disolvió.

<sup>17</sup> Maurice Hauriou, *Principios de Derecho Público y Constitucional*, Editorial Reus, Madrid, 1927, p. 540.

permanente. Así, entre los años veinte y los sesenta del siglo XX, el Ejército transitó desde una posición de rechazo explícito al Comunismo -a los fines que perseguía y a los medios que utilizaba para alcanzarlos-, hasta un encastillamiento aséptico, meramente procesal, cabalmente representado por lo que suele llamarse, impropriamente, *Doctrina Schneider*. En efecto, entre una expresión tan rotunda como “el comunismo no puede vivir sino en pueblos de esclavos. Los que amamos esta tierra que nació con la sangre que por la libertad derramaron nuestros mayores, que ha vivido en libertad, no somos ni queremos ser esclavos”, del general Indalicio Téllez, a otra tan deshuesada como “el Ejército es garante de una elección normal, en que asuma la Presidencia de la República quién sea elegido por el pueblo, en mayoría absoluta o por el Congreso Pleno en caso de que ninguno de los candidatos obtenga más del 50% de los votos”, del general René Schneider, desempeñando ambos el cargo de Comandante en Jefe del Ejército al pronunciarse en tales términos, hay un abismo difícil de franquear.<sup>18</sup>

Innecesario es señalar que en tan amplio panorama la materia que abordará esta investigación constituye apenas un episodio. Muy significativo, por cierto; pero episodio a fin de cuentas. Atendiendo esa condición, motivos de orden metodológico aconsejaron circunscribirla a la primera mitad del siglo, en concreto, al período 1920-1945. Ello, en un extremo, porque en su sentido propiamente histórico, siguiendo como se ha dicho a Hobsbawm, Chile ingresó al siglo XX aquél año en brazos del *Cielito lindo*; y en el otro, porque el desenlace de la Segunda Guerra Mundial creó una realidad nueva, un orden bipolar de alcance planetario que imantó a los Estados en una u otra zona de influencia y, en consecuencia, encuadró a sus fuerzas militares en la órbita respectiva (OTAN y Pacto de Varsovia en Europa, TIAR en América, SEATO en el sureste asiático y otras similares en diversas regiones del mundo).

Finalmente, en este orden de reflexiones sobre la arquitectura del trabajo, se ha procedido de acuerdo a la máxima según la cual en historia la comprensión de lo individual y la comprensión de lo general se condicionan recíprocamente. Buscando esa ligazón, la investigación se articula en torno a un punto de referencia, a saber, el “Informe sobre los

---

<sup>18</sup> General Indalicio Téllez Cárcamo, *Sobre los errores del comunismo*, Circular del Comandante en Jefe de 3 de septiembre de 1931, en Anexo de sus *Recuerdos Militares* (1949), Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005. General René Schneider Cherau, entrevista en *El Mercurio*, 8 de mayo de 1970.

problemas de la industria del carbón” que a mediados de 1941 redactó el general Jorge Berguño Meneses a petición del presidente Pedro Aguirre Cerda. En su día, dicho documento sacó a la luz con precisión quirúrgica una realidad incómoda, un secreto a voces: la agitación fomentada y dirigida por el Partido Comunista a través de la red de sindicatos que controlaba, era la causa del clima de desasosiego en la Zona del Carbón y de la ola de huelgas que tenían virtualmente paralizada la actividad productiva del país, dado que ese combustible era en la época su eslabón más débil. Esta verdadera radiografía sociopolítica -una apreciación de la situación, en lenguaje castrense- atrajo la atención de los grupos dirigentes y de la opinión pública, al punto que fue publicado parcialmente por *El Mercurio* de Santiago y *El Sur* de Concepción, dando origen a un animado debate en el Congreso Nacional. Por supuesto, para explicar el sentido y alcance del “Informe Berguño” ha sido necesario indagar en la carrera profesional de su autor, en el ambiente en que formó sus convicciones y en el entorno en que se desarrolló su vida; en las circunstancias de los distintos momentos en que actuó, cabría decir con mayor exactitud, repitiendo la tan citada expresión de Ortega “yo soy yo y mi circunstancia”.<sup>19</sup>

Las materias que componen esta investigación han sido ordenadas en una Introducción, que en realidad es una suerte de estudio preliminar, seguida de una sección sobre la doctrina comunista y el ejército nacional, que desarrolla la incompatibilidad estructural de ambas realidades. Luego sigue un estudio biográfico del general Jorge Berguño Meneses y, a continuación, se aborda el Informe que redactó sobre la compleja situación que presentaba la zona del carbón en 1941, en tanto factor de vulnerabilidad que afectaba la seguridad nacional. La exposición del asunto se ha dividido en dos partes; en una se analiza el entorno en que surgió dicho Informe y en el otro se expone esquemáticamente su contenido. Finalmente, un breve epílogo pone de manifiesto cuánta razón tuvo el general Berguño en sus apreciaciones, ya que apenas seis años después la crisis se desbordó y el Partido Comunista fue excluido del juego político democrático, a lo que se agregan, como anexo, dos fotografías y una página de las Memorias del general Guillermo Barrios Tirado.

---

<sup>19</sup> José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 1914, Introducción.

## **LA DOCTRINA COMUNISTA Y EL EJÉRCITO NACIONAL**

Pocas veces se advierte que el sistema en que se desenvuelve la actividad política de cualquier nación está regulado por los principios de la ecología, es decir, de la correlación o influencia recíproca entre los seres vivos y el medio en que cumplen su ciclo vital, tanto de orden natural como cultural. Toda sociedad, en efecto, constituye un equilibrio complejo donde la aparición de una nueva especie obliga a reubicarse a las demás, llegando incluso a ver amenazada su supervivencia. Ver las cosas de esa manera abre una perspectiva más amplia sobre lo que realmente significó para la comunidad nacional chilena la inoculación del Comunismo, un germen extraño a su tradición secular. Esto último debe destacarse porque la posición del país en el mundo, la estructura de su sociedad y el sentimiento de pertenencia -la *chilenidad* como señal de identidad común-, estaban ya fuertemente arraigadas cuando el Comunismo, literalmente, desembarcó en sus costas.

¿Cómo y cuándo apareció el Comunismo en el Nuevo Mundo? Michael Löwy,<sup>20</sup> sociólogo y filósofo marxista de reconocida competencia académica, ha resumido los orígenes del Comunismo en esta parte del mundo de la siguiente manera: “El marxismo fue inicialmente introducido y diseminado en América Latina por inmigrantes alemanes, italianos y españoles por vuelta del final del siglo XIX. Surgieron los primeros partidos obreros, los primeros pensadores se valieron de las ideas marxistas y surgió una corriente, inspirada por la II Internacional [1889-1914]; su ala moderada era representada por Juan B. Justo (1865-1928) y su Partido Socialista Argentino (fundado en 1895), y el ala revolucionaria por Luis Emilio Recabarren (1876-1924) y su Partido Obrero Socialista de Chile (fundado en 1912). (...) Las primeras tendencias significativas de analizar la realidad latinoamericana en términos marxistas y de establecer las bases para una política revolucionaria, vinieron con el surgimiento de la corriente comunista. Los partidos comunistas aparecieron en la década de 1920 a partir de dos fuentes diferentes: los partidos socialistas que cerraron las hileras en torno

---

<sup>20</sup> Michael Löwy, nació en Sao Paulo en 1938, hijo de judíos vieneses establecidos en Brasil. Bajo la dirección del filósofo Lucien Goldmann, marxista, cursó estudios de posgrado en la École Pratique des Hautes Études de París e inició una exitosa carrera académica en Francia, Israel y nuevamente Francia, donde es profesor emérito de la prestigiosa École des Hautes Études en Sciences Sociales. Se le considera el mayor experto en marxismo latinoamericano y en su corolario, la teología de la liberación.

de la Revolución de Octubre, en su corriente mayoritaria (Uruguay, 1920, y Chile, 1922) o en su ala izquierda (Argentina, 1918), y la evolución rumbo al bolchevismo de ciertos grupos anarquistas o anarco-sindicalistas (México, 1919, y Brasil, 1922). La fuerza de esos partidos permaneció bastante limitada por algún tiempo: el PC chileno, desde un comienzo el más fuerte, no tenía más de 5.000 miembros en 1929. (...) Naturalmente, la Revolución Rusa ejerció una profunda influencia sobre el movimiento de los trabajadores y entre la *intelligentsia* de América Latina. Luis Emilio Recabarren fue tal vez el ejemplo más típico del líder obrero histórico que se convirtió al bolchevismo por influencia de la Revolución de Octubre.”<sup>21</sup>

Las informaciones proporcionadas por Löwy son valiosas y exactas, pero incompletas. Para formarse un cuadro de la situación parece necesario añadir que en Chile, como en otras partes del mundo, la gestación del Comunismo “fue el producto del matrimonio de dos consortes de difícil avenencia, una izquierda nacional y la Revolución de Octubre.”<sup>22</sup> Aquí, en efecto, el sentimiento de frustración ante un orden de cosas percibido por algunos como objetivamente injusto, y el grado de resentimiento que en el plano de la subjetividad pueda haber suscitado, no tenían por qué conducir necesariamente a aceptar el arriesgado diagnóstico -la historia universal entendida en clave de lucha de clases- ni menos la respuesta subversiva preconizada como remedio por Marx y Engels a mediados del siglo XIX.<sup>23</sup> Además, *el sujeto revolucionario* -dicho en jerga comunista- es decir el proletariado que padecía la *cuestión social*, simplemente no existía en el *hinterland* del territorio nacional. De hecho, la expresión local de la cuestión social sólo se materializó críticamente en su extremo norte, recientemente incorporado como consecuencia de la victoria alcanzada en la Guerra del Pacífico, pues ahí, sobre el desierto, se desarrollaba la única actividad industrial equiparable a lo que ellos habían tenido en mente al profetizar desde la serenidad de una biblioteca, a saber, que como consecuencia de la concentración económica y la subsiguiente pauperización del proletariado -a su juicio, dos males consustanciales al capitalismo-, éste caería abrumado por sus propias contradicciones. A fin de cuentas, resultó que estaban trágicamente equivocados y lo que se

---

<sup>21</sup> Michael Löwy, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días (edición actualizada)*, LOM Ediciones, Santiago, 2007, pp. 14-15.

<sup>22</sup> Eric J. Hosbsbawm, *Revolucionarios*, Editorial Ariel, Madrid, 1978, p. 13.

<sup>23</sup> El Manifiesto del Partido Comunista, documento fundacional denominado comúnmente Manifiesto Comunista, fue publicado el 21 de febrero de 1848 en Londres, por entonces la capital mundial del capitalismo y del liberalismo.

fue al basurero de la historia fue el Comunismo. Pero allí ocurrieron, efectivamente, las primeras huelgas capaces de poner en jaque al Gobierno. Y la tensión se agravó cuando la desatención de las reivindicaciones laborales abrió paso a la franca rebeldía. Una vez que la intensidad de los incidentes desbordó a la policía, el Gobierno encargó a las Fuerzas Armadas la restauración del orden público, con las consecuencias que cualquiera podía prever. Siguiendo el impulso del sentido común, el empleo de la fuerza militar en tal circunstancia estaba plenamente justificado y así lo afirmaba hasta Valentín Letelier, el mayor tratadista de Derecho Público de su época y por entonces rector de la Universidad de Chile.<sup>24</sup> Sin embargo, utilizar a las Fuerzas Armadas en dicha tarea constituía un error y así se había advertido desde el claustro académico.<sup>25</sup> Pero se trataba de un error inevitable porque todavía no existía un cuerpo policial militarizado cuya doctrina y organización estuviera orientada al resguardo de la propiedad y del orden público, una debilidad del Estado que el coronel Carlos Ibáñez, por entonces vicepresidente de la República, subsanó el 27 de abril de 1927 al crear el Cuerpo de Carabineros de Chile.

En términos generales, durante años se dio en torno a las faenas salitreras una pugna entre quienes pretendían polarizar la situación en términos de lucha de clase y quienes se

---

<sup>24</sup> Según Valentín Letelier, *Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales. Introducción al Derecho Público*, Cabut y Cía. Editores, Buenos Aires, 1917, pp. 500 y 501, la tarea de asegurar la cooperación general a la tarea común, señalada por las leyes y dispuesta por las autoridades, es uno de los principios fundamentales del Estado. En ese contexto, afirmaba que “la fuerza pública desempeña el doble papel de instrumento de victoria para mantener la independencia en el exterior, y de medio de coacción para conservar el orden en lo interior”, porque “el Estado necesita medios coactivos para subordinar la diversidad de caracteres, propósitos e ideas. Empero –añadía- no se pretenda dar a nuestras palabras un alcance que no tienen. (...) En el orden interno, casi no cabe que se los emplee sino contra los *rebeldes*, esto es, contra aquellos, los malhechores por un lado y los revolucionarios por otro, que niegan obediencia a la autoridad o a las leyes.” (La cursiva en el original).

<sup>25</sup> Véase Rafael Luis Barahona San Martín, *El Ejército como órgano del Estado*, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901. Memoria de grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas. Clasifica las misiones del Ejército en las que le corresponden en la vida internacional del Estado, la guerra, en último término; las que le competen el orden interior del Estado, y; las que obedecen a decisiones gubernativas. (p. 6) Lo pertinente es que “en el orden interior no es policía porque su función es de Seguridad Nacional y entraña, por consiguiente, un carácter colectivo en el sujeto de su acción, bien distinto al papel de guardián del orden público que a menudo se le atribuye. (p. 44). Hay aquí una prueba sólida de que el concepto “seguridad nacional”, en su sentido natural, tenía vigencia en Chile medio siglo antes que la izquierda marxista y un sector de la Iglesia desvirtuaran su sentido, instrumentalizándolo para la lucha de clases. Aunque sólo fuera por ello, vale la pena consignar –para rescatar su figura del olvido- que el abogado R. L. Barahona (1878-1940) sirvió en el Ejército, retirándose con el grado de capitán. Se instaló entonces en Valparaíso y por 23 años estuvo vinculado a El Mercurio de esa ciudad, del que llegó a ser editorialista. Era Ministro del Interior cuando el golpe de 23 de enero de 1925. Militó en el partido liberal y fue Senador de la República, elegido en la circunscripción Aconcagua-Valparaíso, en la legislatura 1926-1934.

jugaron por conducir las inquietudes por los cauces institucionales.<sup>26</sup> En ese contexto -como se ha dicho- el 3 de junio de 1911 el Partido Demócrata de Iquique se reunió bajo la dirección de Luis Emilio Recabarren, un tipógrafo autodidacta, y acordó tomar el nombre de socialista. Algunos días después se celebró la primera reunión del nuevo partido y tras breve discusión resolvió llamarse Partido Obrero Socialista. Conviene reiterar que “el núcleo del POS se encontraba en el norte minero y tenía apéndices en la zona del carbón y en las lejanas áreas sureñas productoras de carne. No contaba con mucho apoyo en las ciudades principales y con casi ninguno entre los campesinos.”<sup>27</sup>

El 1 de enero de 1922, en Rancagua, dicho partido mutó en Partido Comunista de Chile, pero a pesar del nombre y haberse afiliado a la Internacional Comunista, tardó una década en sacudirse la impronta chilena y popular. Sólo a mediados de los años 30 se consumó la bolchevización del partido, como lo exigió Stalin, y pasó a ser la agencia local de un amplio movimiento revolucionario cuya sede central estaba en Moscú.

En cuanto concierne a esta investigación, no se puede dejar de insistir en dicha ambigüedad, muy significativa, que cruza sus años fundacionales: por una parte, “el comunismo tenía una visión ideológica mecanicista, la que sostenía que los soldados, clases y suboficiales eran los aliados naturales del proletariado. Lo anterior desconocía los principios centrales de toda corporación armada moderna que indican que la jerarquía, la verticalidad y la disciplina dan el sello medular a toda institución militar.”<sup>28</sup> No obstante, los comunistas criollos se resistían a reemplazar el tricolor nacional por la bandera roja. En ese orden de ideas, la historiografía no ha enfatizado que los comunistas apoyaron la intervención militar de septiembre de 1924, intervención cuyo propósito era sanear la actividad política, terminar con el parlamentarismo *sui generis* que habían entronizado los vencedores de 1891 y reemplazarlo

---

<sup>26</sup> Véase Julio Pinto Vallejos y Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, LOM Ediciones, Santiago, 2001.

<sup>27</sup> Paul Drake, “Socialismo y Populismo en Chile 1936-1973”, Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, 1992, p. 28. Es un dato interesante el que sólo

<sup>28</sup> José Díaz Gallardo, “El PCCh y su visión de lo militar y las Fuerzas Armadas: Período fundacional 1912-1927”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds), 1912-2012, *El siglo de los comunistas chilenos*, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, 2012, pp. 81-96. La cita en p. 95.

por el programa del presidente José Manuel Balmaceda.<sup>29</sup> En realidad, no obedece a otra concepción institucional la Constitución de 1925, la misma que todos los partidos acordaron votar en contra cuando ese año se plebiscitó y que después hicieron tan suya... Por distintos motivos, algunos confesables y otros no tanto, se ha olvidado tenazmente que en su día Recabarren escribió que “la Junta Militar es el verdadero gobierno de la República en los presentes momentos y ha dirigido al país un Manifiesto, con fecha 11 de septiembre, que declaramos sin vacilar que merece nuestra amplia aprobación. (...) El momento presente es el más culminante de nuestra historia. Si la Asamblea Constituyente va a ser una libre asamblea, es el proletariado quien tendrá mayoría en esa Asamblea.”<sup>30</sup>

Y cuando el 23 de enero de 1925 Ibáñez derribó a la Junta de Gobierno para llevar adelante, en plenitud, las aspiraciones de la oficialidad joven contenidas en el Manifiesto de 11 de septiembre de 1924 -Recabarren se había suicidado hacía apenas 35 días- el Partido Comunista y la Federación Obrera de Chile publicaron al día siguiente en su periódico *Justicia*, la siguiente declaración: "Corresponde ahora a los militantes de todo el país, velar por la estricta disciplina de cada organismo y prepararse para cualquier eventualidad en que sea necesario tomar las armas para defender el mantenimiento de los postulados revolucionarios de la juventud militar. (...) Mientras tanto, el deber es tomar las armas para defender la revolución. Los Consejos Federales del país están frente a la responsabilidad que ha echado sobre sus espaldas su organismo superior directivo, obligados a estar atentos a la primera orden de un paro general o tomar las armas." Una comisión integrada por los dirigentes comunistas Luis Víctor Cruz, Salvador Barra Woll, Carlos Sepúlveda y Manuel Hidalgo Plaza, se entrevistó con los miembros de la nueva junta de gobierno y con el hombre fuerte del momento, Carlos Ibáñez del Campo. Después, el 26 de abril, organizaron una manifestación de simpatía al recientemente ascendido mayor Carlos Millán, que cumplía la función de enlace entre los oficiales jóvenes y el mundo sindical, ocasión en que Salvador Barra Woll, director del diario recién mencionado y orador oficial en esa ocasión, culminó su discurso diciendo: “Si es verdad

---

<sup>29</sup> ¿No es acaso decidor que los descendientes de José Manuel Balmaceda hayan regalado al coronel Carlos Ibáñez la banda presidencial que aquél había lucido durante su mandato?

<sup>30</sup> Luis Emilio Recabarren, “Un juicio sobre el manifiesto de la Junta Militar”, publicado en el periódico *La Justicia*, Santiago, 13.09.1924. Está recogido en, Ximena Cruzat y Eduardo Devés (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa 1890-1924*, Editorial Nuestra América y Terranova Ediciones, Santiago, 1985-1987, Tomo IV, p.193.

que la junta militar está sanamente inspirada, debemos formar el Frente de la Espada y el Martillo para hacer que en nuestro país reinen la igualdad, la justicia y la libertad.”<sup>31</sup> Tal vez sea cierto, entonces, que hubo “un comunismo original, antes de la dogmatización burocrática y del empobrecimiento, ocasionados por el triunfo del stalinismo”<sup>32</sup>, por lo que estos escarceos con el afán regeneracionista de la juventud militar -se le llamó *tenentismo* y ocurrió simultáneamente en lugares tan diferentes como Brasil, Turquía, Perú y Chile- no debiera ser omitido ni considerado, sin más, como simple pieza oportunista del peligroso juego de quién usa a quién para alcanzar el poder y conservarlo.

No obstante lo anterior, el hecho cierto es que Luis Emilio Recabarren, en fecha tan temprana como junio de 1904, había publicado un primer artículo definiendo claramente su posición: “Hasta hoy día existen muchos trabajadores que aún creen que el ejército en cada país está destinado para defender la integridad y el honor nacional y bajo el imperio de este fanatismo le prestan su concurso y admiración. Esta es una patraña inventada por los capitalistas para tener siempre sometido al pueblo. ¡No hay tal integridad ni tal honor nacional! Todo eso es mentira. (...) Los capitalistas han inventado la farsa del patriotismo para engañar al pueblo y calificar de criminal y anti patriota toda propaganda que se haga para abrir los ojos al pueblo. Si fuera cierto que el ejército es para defender la patria, irían también los ricos a cumplir con ese deber.”<sup>33</sup> El fondo y el tono de ese discurso eran perfectamente ajenos al sentido común de la población; en cambio, su última estocada fue certera: el servicio militar obligatorio tuvo y todavía conserva virtudes de orden cívico que no cabe desconocer; pero justamente en el sentido apuntado por Recabarren su implementación fracasó rotundamente. Aquí no se dio ni por asomo la integración social que en aquellos años caracterizaba a la institución militar de la tan admirada Alemania. Es más, la profesionalización del cuerpo de oficiales alejó del ámbito castrense tanto a la vieja aristocracia como a la alta burguesía. Por eso, incluso políticamente, la mentalidad del militar chileno durante el siglo XX fue de clase

---

<sup>31</sup> La ambigüedad de la relación entre militares y comunistas, se trata ampliamente en José Luis Díaz, *Militares y socialistas en los años veinte: Orígenes de una relación compleja*, Universidad ARCIS, Santiago, 2002.

<sup>32</sup> Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*, op. cit., p. 14.

<sup>33</sup> Luis Emilio Recabarren, “¿Para qué sirve el ejército?”, publicado en el periódico *La Voz del Pueblo*, Valparaíso, 9.6.1904. En Recabarren. *Escritos de prensa*, op. cit., Tomo I, p.27.

media, más vinculada a la provincia que a Santiago. Las motivaciones, objetivos y desenlace de las dos intervenciones militares ocurridas durante el siglo pasado así lo prueban.

Ya en plena madurez y abiertamente identificado con los acontecimientos que estaban sacudiendo a Rusia, sus opiniones fueron perfilando la incompatibilidad radical de los postulados comunistas con el ideario nacional que el Ejército encarna. Para ser más precisos, diríase que internalizó el pensamiento de Lenin en cuanto a que el factor militar es, a fin de cuentas, el que hace la diferencia entre un gobierno comunista y otro de diferente especie. Un ejemplo: “Mientras la burguesía ha logrado mantener en el engaño y en el error a los soldados, ha podido mantener el poder. En el momento en que los soldados retiran su apoyo a la burguesía, a la clase patronal, el presente poder de esta clase se destruye por sí solo. Es lo que pasó en Rusia. Es lo que acaba de pasar en Alemania. Es lo que se trata de evitar en Hungría y Austria. (...) No pasará mucho tiempo para que el resto del mundo se libre del gobierno de los déspotas, de los explotadores sin conciencia que esquilman al pueblo porque todavía cuentan con el amparo de las fuerzas armadas.”<sup>34</sup>

Un año después, cuando al denunciarse el complot de los generales Guillermo Armstrong y Manuel Moore la crisis del régimen parlamentario ingresó a su fase terminal, Recabarren hizo más sutil su táctica, buscando poner en sintonía las aspiraciones de saneamiento y regeneración nacional del estamento castrense con las suyas: “El pedestal de la oligarquía chilena está carcomiéndose. El Ejército empieza a pensar. (...) No puede sernos extraño que entonces, después de tantos y repetidas negativas de la oligarquía para mejorar las condiciones económicas y sociales del país, y de todos los hasta hoy vanos esfuerzos hechos por el proletariado organizado; no puede ser extraño ni condenable, decimos, que en estos momentos el 80% de los hombres que piensa en el ejército, se haya dispuesto a advertir al gobierno que debe cesar ese estado crítico en que ha caído la administración pública, que daña a todo el país, inclusive al ejército, pero que enriquece a un ciento de familias que, con la fuerza de las armas, comete impune el crimen de empobrecer a la nación.”<sup>35</sup>

---

<sup>34</sup> Luis Emilio Recabarren, “El gobierno de obreros y soldados”, publicado en el periódico *El Socialista*, Antofagasta, 14.11.1918. En ídem., Tomo III, p. 161.

<sup>35</sup> Luis Emilio Recabarren, “El ejército empieza a pensar”, publicado en el periódico *El Socialista*, Antofagasta, 15.5.1919. En ídem., Tomo IV, p. 22.

Al finalizar 1922 –mismo año en el que Recabarren fundó el Partido Comunista de Chile- viajó a Moscú, en calidad de delegado de la Federación Obrera de Chile al Segundo Congreso de la Internacional Sindical Roja, participando además en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista representando ahí a la sección chilena. Permaneció en Rusia 43 días y fue recibido conjuntamente por Lenin, Trotsky y Bujarin durante cerca de una hora. Dada la tensa situación por la que atravesaba el gobierno de Arturo Alessandri, prácticamente paralizado por la obstrucción del Senado, es altamente probable que hayan intercambiado palabras sobre el aspecto central de la Revolución, el factor militar.<sup>36</sup>

El documento que sentó las bases de lo que en adelante constituirían los principios de la política del Comunismo en este aspecto vital del proceso revolucionario se denomina “En la esfera militar.” Fue aprobado en el VIII Congreso del Partido Bolchevique, celebrado en Moscú entre el 18 y el 23 de marzo de 1919, al que asistieron 301 delegados que representaron a 313.766 miembros del partido. Parece evidente que su fuerza, ni entonces ni después, radicó en el número, sino en su devota organización.

Los pilares de aquella “esfera militar”, como se verá, descansan en la estricta selección de la clase social de sus integrantes. De esta suerte, “no es posible conservar el viejo ejército ni organizar otro nuevo sobre la base denominada extraclasista o nacional. El Ejército Rojo, como arma de la dictadura del proletariado, deberá tener por necesidad un carácter abierto de clase, es decir, se forma exclusivamente del proletariado y de las capas semiproletarias del campesinado, próximas a él. Solamente con la liquidación de las clases, este ejército clasista se convierte en milicia socialista de todo el pueblo. (...) El adiestramiento militar y la educación en el Ejército Rojo, se realiza en base a la unión de clase e instrucción socialista. Por eso son necesarios comisarios políticos que sean comunistas seguros y abnegados, conjuntamente con los jefes militares. (...) En contraposición al viejo ejército es preciso que los plazos de adiestramiento puramente cuarteleros sean lo más breves posibles, haciendo que

---

<sup>36</sup> Recabarren regresó de ese viaje el 19 de febrero de 1923 y al mes siguiente publicó su experiencia en *La Rusia Obrera y Campesina*, folleto de 94 páginas. Luis Emilio Recabarren Serrano se mató el 19 de diciembre de 1924. Se ha especulado sobre los motivos de tan dramática decisión. Algunos han sostenido que se desilusionó al ver con sus propios ojos el socialismo real; pero es más probable que sufriera una depresión. Véase el “Informe de la Comisión Investigadora de la Federación Obrera de Chile y del Partido Comunista de Chile sobre la muerte de Luis Emilio Recabarren”, donde figura una carta suya muy reveladora, escrita a raíz de un suicidio frustrado en el mismo año, en <https://www.marxists.org/espanol/recabarren/informe.htm>

los cuarteles sean lo más semejantes a escuelas políticomilitares. (...) La preparación de soldados capaces, enérgicos y fieles a la causa del socialismo, para los puestos de mando, es una de las tareas más importantes en la creación del ejército. (...) Es necesario el mayor aprovechamiento y empleo de la experiencia operativa y técnica de la última guerra mundial. A este respecto es necesario hacer participar en la organización y dirección operativa del ejército a los especialistas militares que han pasado la escuela del viejo ejército. Pero a su vez, una condición indispensable de una tal participación es concentrar en manos de la clase obrera la dirección política del ejército y el control multilateral de los cuadros de mando.” En síntesis: “la exigencia de elegir los cuadros de mando, que tiene gran importancia de principio con relación al ejército burgués, donde los cuadros de mando se eligen y educan como aparato de supeditación clasista del soldado y a través de estos de las masas trabajadoras, pierde por completo su importancia de principio en el ejército de clases: el Ejército Rojo de soldados y campesinos.”<sup>37</sup>

Desde luego, ese galimatías –debido en parte a que el texto primitivo, redactado por Lenin, un hombre muy inteligente pero de gabinete, fue severamente criticado por Trotsky, una mente brillante que además tenía experiencia de guerra, dio paso a un documento redactado por una comisión conciliadora-, pone de manifiesto una verdad capital: para los comunistas la diferencia fundamental entre sus propias fuerzas y las del enemigo estriba en que representan clases diferentes, antagónicas y excluyentes.<sup>38</sup> En cambio, para un político o un militar que asume como propia la causa nacional, esto es, la integración orgánica de todos los elementos que la componen, procurando alcanzar el bien común, tal reduccionismo o arbitraria parcialidad tiene que resultarle inaceptable.

---

<sup>37</sup> En *Obras Militares escogidas de Lenin*, op. cit. pp. 805-807. Esta línea de pensamiento y acción fue seguida inmutablemente por los comunistas de todo el orbe. Un ejemplo de pizarrón lo proporcionó medio siglo más tarde Luis Corvalán Lepe, Secretario General del Partido Comunista de Chile, al justificar públicamente la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968: “La clase obrera y las armas en manos de la clase obrera son la mejor garantía para el mantenimiento y desarrollo del socialismo.” Discurso en el Teatro Caupolicán, 24 de agosto de 1968.

<sup>38</sup> Nicolai Bujarin, ideólogo y camarada cercano a Lenin en la primera década de la Unión Soviética, fusilado por orden de Stalin durante la purga de 1938, lo había señalado sin ambages en un libro de amplísima difusión, *El ABC del Comunismo*, publicado en Moscú en 1919 y en Santiago de Chile en 1930: “Como la fuerza principal del Estado burgués reside en el ejército, para aniquilar a la burguesía es necesario minar y destruir el ejército burgués.”

Precisamente a esto se refería Max Weber al formular su teoría de las esferas de valores. No es otra la razón de fondo de la incompatibilidad radical entre quienes sirvieron bajo la bandera roja en cualquier parte del mundo –internacionalismo le llaman los comunistas-, y quienes lo hicieron bajo su bandera nacional, movidos por el patriotismo.<sup>39</sup>

## **FISONOMÍA DE UN MILITAR CHILENO**

Se atribuye a G. K. Chesterton un sombrío diagnóstico de los hombres de su tiempo -murió en 1936, a los 62 años-: “Lo más desagradable de nuestra época es que nadie tiene coraje para hacer sonar la campana de alerta.” Churchill, por entonces, con estera justicia, pudo haber hecho suya esa sentencia. Lo triste del asunto es que lo mismo podría decirse de la inmensa mayoría de quienes han detentado cargos de responsabilidad a lo largo de la historia. Antes que el estruendo de una crisis haga imposible ignorarla, la lucidez que exige efectuar una impecable apreciación de la situación y la valentía para comunicar eficazmente las malas noticias que de ello se deriven, son cualidades que raramente marchan de la mano; pero en el arte del mando son indisociables. De ahí la ejemplaridad del desempeño del General de Brigada don Jorge Berguño Meneses, cuya perspicacia y valentía le permitieron cumplir cabalmente la misión más importante de su vida: investigar e informar al Presidente de la República los motivos que habían posibilitado el control de la industria del carbón por parte del Partido Comunismo y la amenaza a la seguridad nacional que ello irrogaba.

Al inicio de esta semblanza viene al caso poner de relieve que conservar el temple y estar a la altura de las circunstancias en la plenitud de la madurez, rara vez es fruto del azar y nunca de la improvisación. Se trata, por supuesto, de una observación muy obvia; pero cuando se trata de un militar de carrera en un Ejército de tradición varias veces centenaria, señalarlo es indispensable.

El fundador de la familia Berguño en Chile fue Francisco Rodríguez de Berguño. Testó en 1764 como marido de María Negrete de Castro y Díaz Téllez de Alderete. Su hijo Francisco

---

<sup>39</sup> Viene al caso esclarecer marginalmente unas nociones demasiadas veces confundidas. El patriotismo es una virtud que hace amar y preferir lo propio. El nacionalismo, en cambio, es un defecto moral que hace odiar a los otros. La semilla de uno está en la confianza; la del otro en el miedo.

de Berguño Negrete de Castro casó con Ana María Bahamonde.<sup>40</sup> Un siglo más tarde, Jorge Aurelio Berguño Meneses nació el 27 de mayo de 1893 en la casa familiar, ubicada en calle Urmeneta N° 50 de San Bernardo, a unos 150 metros al poniente del actual cuartel de la Escuela de Infantería. Su madre se llamaba Filomena Meneses Videla. Su padre, el entonces teniente coronel Aurelio Berguño Negrete, era en ese momento Director de la Escuela Militar de Tiro y profesor de Táctica en la Academia de Guerra. Al año siguiente sería Comandante del Regimiento N° 2 de Artillería. Había ingresado como cadete a la Escuela Militar el 3 de marzo de 1881, contando 15 años –hacía seis semanas que el ejército de los chilenos había ingresado victorioso a Lima-. Subteniente el 3 de marzo de 1884, hizo el curso regular de Estado Mayor en la Academia de Guerra entre 1887 y 1889. Combatió como capitán del Ejército Constitucional en 1891, ascendiendo a sargento mayor el 18 de abril de ese año. El 17 de diciembre del mismo año, ascendió a teniente coronel. ¡En siete años había recorrido un camino que normalmente tarda el triple! Cosas de la Guerra Civil. En 1905, con el mismo grado, figura como miembro de la Comisión que informará el mérito y costo de la publicación del Informe sobre la Guerra Ruso Japonesa elaborado por el sargento mayor Alfredo Schonmeyer, observador de la campaña. Mediando el año 1906 y siendo jefe del Estado Mayor de la IV Zona Militar, se le concedió licencia por enfermedad. Falleció el 13 de marzo de 1908, a bordo de un buque de la Armada.

El matrimonio Berguño Meneses tuvo tres hijos, Jorge, Emilio y Estela. Emilio fue oficial de Ejército y se incorporó a la naciente aviación militar. Falleció el 7 de abril de 1915, durante unas maniobras desarrolladas en los alrededores de Molina, valle del Lontué, cuando se precipitó a tierra el avión que pilotaba el teniente Tucapel Ponce Arellano y que él tripulaba como observador aéreo.<sup>41</sup>

Jorge Berguño Meneses cursó su educación escolar en el Instituto de Humanidades y en el Colegio de los Sagrados Corazones (Padres Franceses de Valparaíso) hasta el III año de

---

<sup>40</sup> Guillermo de la Cuadra, *Origen y desarrollo de las familias chilenas*, Editorial Zamorano y Caperán, Santiago, 1948, T.I, p. 42.

<sup>41</sup> Véase Claudio de Alas y Cornelio Saavedra Montt, *Corona fúnebre a la memoria de los tenientes aviadores Tucapel Ponce Arellano y Emilio Berguño Meneses, en el primer aniversario de su muerte: 7 de abril de 1916*, Zig-Zag, Santiago, 1916. (Contiene fotografías) En la Plaza de Armas de Molina existe un monolito de homenaje a esos pioneros de la aviación militar.

humanidades. De ahí pasó a la Escuela Militar, como cadete, a las dos semanas del deceso de su padre. El 8 de febrero de 1913 recibió los despachos de Teniente 2° en el arma de Infantería, destinado al Regimiento Maipo. En su calificación de egreso, el director de la Escuela Militar estampó el siguiente concepto: “Berguño tiene todas las cualidades para hacer de él un espléndido oficial”. A los dos años, ascendió por mérito a Teniente 1° y regresó a la Escuela Militar como oficial instructor. Nada sorprendente si se tiene a la vista la calificación de su desempeño en el Maipo: “Oficial que podría servir de modelo.” Desde temprano le preocupó la preparación física del soldado, y en mayo de 1919 consiguió ir como alumno al Instituto Superior de Educación Física, lo que le proporcionó una sólida base para el desarrollo de la actividad deportiva, que siempre le apasionó. De hecho, practicando equitación, en agosto de 1917 había obtenido el primer puesto del Steeplechase Militar (prueba de obstáculos). Al año siguiente, con el grado de capitán, sirvió nuevamente en el Maipo y luego en el Buin. Su calificación como capitán en este último regimiento merece ser recordada: “Su ilustración general, sus buenas facultades intelectuales, su interés por la carrera, hacen de él un oficial de porvenir.”

El capitán Berguño no tuvo participación alguna en los acontecimientos revolucionarios que en septiembre de 1924 pusieron término al período oligárquico-parlamentario de nuestra república. Ellos ocurrieron exclusivamente en Santiago y él se encontraba en el norte, como Ayudante del Comando de la I División de Ejército, luego de la I Brigada Combinada y después de la Infantería de la I División. Pero sus condiciones no pasaban desapercibidas en el ambiente profesional, como consta en la calificación correspondiente a 1924: “Por su inteligencia, dedicación al estudio y su carácter, tiene condiciones sobresalientes para ser un gran jefe.” Desempeñándose en el Regimiento Esmeralda ascendió a Mayor el 20 de agosto de 1926. Ahí su comandante de regimiento, coronel Luis Pinochet, le caracterizó como “un jefe que reúne un conjunto de condiciones de caballerosidad y don de gentes que le hacen sobresalir donde se encuentre. Es capaz, de vasta preparación, amigo del estudio y muy buen compañero. Manejó en buena forma su batallón.” Destinado al Curso de Informaciones, obtuvo el primer puesto y más tarde, en 1933, mediante un examen especial se tituló de Oficial de Estado Mayor. Después del año que duraba el Curso de Informaciones, asumió el mando del Batallón de Instrucción de la Escuela del Arma y en

1930, un año antes de ascender al grado de teniente coronel, fue nombrado subdirector de la misma.

En el intertanto, el 5 de mayo de 1928, contando 36 años, contrajo matrimonio con Olga (Queenie) Victoria Barnes Aguirre, hija de Federico Barnes Payne y Rosa Aguirre Diggles, serenense de pura cepa a la que había conocido mientras disputaban un campeonato de tenis en Antofagasta. De esa unión nacieron tres hijos, Jorge, Marta y Sergio.<sup>42</sup>

A mediados de 1931 regresó al norte como comandante del Regimiento Carampangue. La ciudad de Iquique, guarnición del regimiento ahora a su mando, pasaba por una etapa socioeconómica compleja, consecuencia del hundimiento de la actividad salitrera y de la Gran Crisis que azotaba al mundo. De hecho, según el censo de 1907, el país tenía 3.249.279 habitantes y la población de Iquique ascendía a 41.081, mientras en el de 1930, la población nacional daba cuenta de un aumento demográfico importante, a 4.287.445 individuos, en cambio esa ciudad disminuía la suya a 39.282. Es verdad que los tiempos de las grandes huelgas y revueltas eran ya cosa del pasado, pero la depresión siempre ha sido caldo de cultivo de dificultades cuya explosión puede trastornar la normalidad sin alerta previa. Es de imaginar la tensión que para las unidades militares ahí acantonadas significó la Sublevación de la Escuadra en la primera semana de septiembre de aquél año, si se tiene en cuenta que el motín fue sofocado en Talcahuano empleando tropas de la III División. Y si a ese hecho inaudito se suma la Navidad Trágica en Vallenar y Copiapó, pocos meses más tarde, episodios en que

---

<sup>42</sup> Jorge Berguño Barnes, jurista, historiador y doctor en Asuntos Internacionales por la American University de Washington, ingresó al Servicio Exterior en 1953 y desde entonces desarrolló una extensa y destacada trayectoria diplomática en puestos claves de la política exterior chilena, como en su comisión en la Misión Permanente de Naciones Unidas en Nueva York, en la representación permanente ante la UNESCO y el GATT y durante sus gestiones como Embajador en Australia, Canadá y ante Naciones Unidas en Ginebra. Era considerado una eminencia en asuntos antárticos y tuvo un rol fundamental en la redacción de la Política Antártica Nacional aprobada el año 2000. Asimismo, fue decisiva su participación internacional como miembro del Comité para la Protección del Medio Ambiente del Protocolo al Tratado Antártico, desde donde contribuyó sustancialmente a desarrollar el régimen jurídico que ampara al medio ambiente antártico. Falleció el 7 de mayo de 2011. Casado con Paula Hurtado Lunna, uno de sus hijos, Francisco, también diplomático de carrera, es Director de la Dirección Antártica, mientras otro, Fernando, también funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores es historiador, autor de *Los soldados de Napoleón en la Independencia de Chile (1817-1830)*, RIL Editores, Santiago, 2015. Marta Berguño Barnes casó con Carlos Bowen (cuyo seudónimo literario es Pierre Chili), integrándose a una familia muy conocida en Viña del Mar. Sergio Berguño Barnes -el único de los hijos del general aún vivo-, cursó el segundo ciclo de humanidades en la Escuela Militar y después se empleó en el Banco de Chile. Más tarde, durante 15 años, fue contador en la Misión Militar en Washington. Guarda como reliquia familiar la hélice del avión en que cayó su tío Emilio.

tanto la opinión pública como la gubernamental coincidieron en ver el detonante de una escalada comunista de imprevisibles consecuencias, el cuadro que se ofrecía al novel comandante pondría a prueba sus capacidades profesionales y la fortaleza de sus convicciones. Después de todo, hacía exactamente 40 años, Iquique había sido la principal base de operaciones de una Guerra Civil difícilmente olvidable.<sup>43</sup>

En medio de tan dramáticas circunstancias, quien encabezaba al Ejército, el general Indalicio Téllez, instruyó a sus subalternos -y de paso comunicó al país- cuál era la posición de la institución frente al Comunismo. Se trataba, sin duda, de un gesto inédito; pero no creaba

---

<sup>43</sup> La bibliografía da cuenta de la disparidad de pareceres sobre el papel que le cupo al Partido Comunista en estos hechos. El estado de la cuestión, en Carlos Alfaro Hidalgo, “La sublevación de la Armada de Chile en septiembre de 1931: ¿Reivindicaciones laborales o infiltración comunista?”, en *Revista Norte Histórico* N°1(2014), pp. 64-91. Germán Bravo Valdivieso, *La sublevación de la Escuadra y el período revolucionario 1924-1932*, Ediciones Altazor, Viña del Mar, 2000, otorga un papel protagónico a la sección chilena de la III Internacional. En igual sentido, pero situando los acontecimientos chilenos en relación con situaciones similares y coetáneas ocurridas en Gran Bretaña y Perú, añadiendo como hipótesis la conjura en Europa de políticos chilenos que buscaron la caída del presidente Ibáñez, Regina Claro Tocornal en “Reflexiones en torno a lo acaecido en la Armada de Chile en 1931”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 110, correspondiente a 2000-2001, pp. 7-34. Desde la perspectiva de izquierda, Patricio Manns, *La Revolución de la Escuadra*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1972. La edición publicada por Ediciones B Chile, Santiago, 2001, incluye como anexo el “Diario del Almirante Edgardo von Schroeders, Delegado del Gobierno ante la Escuadra amotinada.” Un relato breve y documentado del suceso en Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, Tomo II, cap. III. Existe un documento muy decidor para descartar la presencia comunista en la génesis del asunto, pero involucrándolo en el sello que dejó en el imaginario colectivo, Es el pormenorizado informe del representante ruso del Profintern (la Internacional Roja en el ámbito sindical) enviado desde Chile al Buró Sudamericano del Komintern el 9 de septiembre de 1931, donde afirma que el partido se enteró de la sublevación de la marinería, la que obedece al descontento causado por la disminución de sueldos que anuncia el Gobierno para solventar la crisis económica; pero dicho movimiento debe ser capitalizado por la propaganda del partido. El informe en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, LOM-DIBAM, Santiago, 2009, Tomo 2, pp. 87-95. No obstante, una resolución del Tercer Pleno del Secretariado General Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista efectuado en Montevideo en octubre de 1931 –citado por el diputado Sergio Fernández Larraín en sesión del 12 de agosto de 1940-, señala que “el Pleno ha particularizado en la fijación de tareas concretas de la lucha contra la guerra y en defensa de la Unión Soviética; la penetración en los transportes y en la industria de guerra en general, la realización de intensos trabajos en los ejércitos y armadas. (...) Chile y Perú han sido en estos últimos meses, y continúan siéndolo, teatro de grandes batallas de clases de trascendental importancia, como lo demuestra la sublevación en Lima del 5° Regimiento de Infantería y la sublevación de la marinería chilena.” Finalmente, Sandino Vergara Paredes, en “La sublevación de la marinería del año 1931 y el combate de Talcahuano”, *Anuario de la Academia de Historia Militar* N° 25 (2011), pp. 58-162, rescata del olvido los pormenores de ese último episodio e incluye una entrevista que le hizo al dirigente comunista Luis Corvalán Lepe el 26 de enero de 2008, donde él dice simpatizar con los alzados pero afirma que el Partido Comunista no tuvo el rol inspirador ni el liderazgo que se le suele atribuir en tales hechos. El detalle de la actuación del Ejército en el control de los alzados en la Base Naval de Talcahuano, en Sandrino Vergara Paredes, “El general Guillermo Novoa Sepúlveda y su papel protagónico en Talcahuano. 5 de septiembre de 1931”, *Anuario de la Academia de Historia Militar* N° 30 (2016), pp. 197-218.

una doctrina institucional desde la nada, pues más bien formalizaba una convicción muy arraigada en el Cuerpo de Oficiales.<sup>44</sup>

El 9 de enero de 1934 ascendió a coronel, desempeñándose en el Cuartel General del Ejército como Jefe de la Sección Organización y Reglamentación. Al año siguiente participa en el Curso de Altos Estudios Militares y el 24 de enero de 1936 es nombrado Director de la Escuela de Infantería... pero una semana después, a petición del Gobierno, es enviado a Valdivia como Intendente de la provincia. Estuvo ahí un año y, habiendo dado solución armónica a la tensión política y social que había justificado la designación de una autoridad militar en dicha función, solicitó ser reintegrado a las filas. Su comportamiento en el desempeño de esa comisión extrainstitucional le mereció por parte del Comandante en Jefe del Ejército, general Héctor Novoa Fuentes, el siguiente comentario a su ya habitual excelente calificación: “discreto, sociable y leal, está capacitado para desempeñarse en puestos delicados y de confianza.” Desde el punto de vista del Gobierno, la aprobación incluyó una audiencia con el presidente Arturo Alessandri, en la que después de preguntarle si había servido en el exterior le ofreció el cargo de Adicto Militar a la Legación de Chile en Bélgica. Ahí nació su hijo Sergio, bastante menor que sus hermanos. Al cabo de un año fue trasladado a cumplir la misma función en Brasil, gobernado por el presidente Getulio Vargas. Mucho después, recordando sus desvelos por la conservación del patrimonio histórico local, una de las calles de Corral pasó a llamarse Intendente Jorge Berguño.

El 21 de abril de 1939, apenas llegado al país, ascendió a general de brigada. Designado Inspector Interino de Infantería, fue al mismo tiempo Director de Educación Física Primaria y Cultural del Ejército y Presidente de la Comisión Especial de Reglamentación de Educación Física. A fines de abril de 1940 asistió a la transmisión del mando Presidencial en México como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile. El 23 de abril de 1941 fue comisionado para constituirse en la cuenca carbonífera en el carácter de Observador del

---

<sup>44</sup> Cuartel General del Ejército, Comando en Jefe, Circular sobre los errores del comunismo, 3 de septiembre de 1931, op. cit. El general Téllez, casi veinte años después, reiteró esta convicción en sus *Recuerdos Militares*, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1949, p. 229: “El primer deber del Ejército es el de la defensa de la Patria. ¿Contra quién? Contra cualquier enemigo que ponga en peligro el honor, la tranquilidad o la integridad nacional. ¿Podría por ejemplo el Ejército, invocando su deber de no intervenir en los asuntos internos del país, permitir que el gobierno cayera en manos del comunismo. ¿Hay un enemigo mayor que ése para el país? De aquí se deduce que tratándose de enemigos de la Patria, el Ejército no puede hacer distinciones.”

Gobierno y redactar un informe acerca de los problemas que estaban afectando la normalidad de la industria del carbón.

## **EL INFORME BERGUÑO SOBRE LA INDUSTRIA DEL CARBÓN. SU ENTORNO**

En 1924, un intelectual cuya descripción de la mentalidad política y social de su tiempo alcanzó extraordinaria divulgación e influencia, Gustave Le Bon, sostenía que “para pronosticar con verosimilitud el porvenir económico de los pueblos, basta con conocer su producción de carbón. La riqueza en carbón es la que determina la potencia industrial de los pueblos y la que determinará también su situación política. La potencia de los Estados modernos se mide de más en más por su riqueza en hulla y petróleo.”<sup>45</sup> La afirmación aún es válida, a condición, claro está, de añadir que a lo largo de los últimos 70 años la producción de energía se ha ido desplazando hacia el petróleo. Así las cosas, nada tiene de particular que durante la primera mitad del siglo XX, la matriz energética de Chile la constituyera fundamentalmente el carbón mineral (carbón de piedra), sustancia que se extraía de sendas cuencas en Arauco y de Magallanes, estando todos los establecimientos mineros en manos de empresas privadas. Esta actividad proporcionaba el combustible del que dependían el funcionamiento de la industria, el consumo doméstico de gas en las ciudades más importantes del país y la navegación de los buques. De hecho, al stock que mantenía la Armada se lo consideraba un recurso estratégico. No es necesario añadir mucho a la palabra “llave” para imaginar la importancia que podía tener el control político de la producción de carbón.

El Comunismo, por su parte, empeñado en cultivar una falsa legitimidad en el sistema democrático -debe calificársele así, pues busca la destrucción y reemplazo de la legitimidad a cuyo amparo se cobija-, en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, efectuada en Buenos Aires en junio de 1929, acordó que “mientras la correlación de fuerzas impida otro camino, el carácter de la revolución será, necesariamente, el de una revolución democrático-burguesa. (...) La revolución por etapas debe ser el fundamento inexorable de la estrategia del Komintern para América Latina, independientemente de las variaciones tácticas inclinadas

---

<sup>45</sup> Gustave Le Bon, *El desequilibrio del mundo*, París, 1924. En castellano, Aguilar, Madrid, 1930. Citado por el diputado Sergio Fernández Larraín en sesión de 29 de julio de 1941.

hacia la izquierda o la derecha.”<sup>46</sup> Esa decisión, seguida hasta hoy mediante una política de alianzas más o menos oportunistas, era un reconocimiento de la imposibilidad de practicar un asalto al Palacio de Invierno, por así decirlo –de hecho, sólo lo intentó Farabundo Martí en El Salvador, a comienzos de 1932; pero fracasó y fue fusilado de inmediato-. No obstante, de ninguna manera ese toque de realismo suponía resignarse a llevar la vida de un partido “normal”, ni mucho menos. En el camino por etapas hacia su meta, el Comunismo continuó operando simultáneamente en tres niveles: a través del partido legal, a través de organizaciones frentistas y a través del aparato clandestino.

Con todo, ¿a qué se refería el Komintern con aquello de la correlación de fuerzas? Respecto a Chile, probablemente a que como consecuencia de la represión sufrida durante la presidencia del general Carlos Ibáñez y de la legislación laboral iniciada por los militares en 1924 -que incluía limitaciones a la jornada de trabajo, existencia de inspecciones y de tribunales pro-trabajador y estimulaba la libertad sindical- así como del sectarismo al interior del partido con ocasión de la pugna entre stalinistas y troskistas -al punto de expulsar a uno de sus fundadores y senador en ejercicio, Manuel Hidalgo, acusándolo precisamente de trotskista-, los cuadros se habían tornado evanescentes. Así, según el informe enviado a Moscú de la reunión del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista efectuada el 27 de marzo de 1935, al momento del derrocamiento de Ibáñez, el PC chileno no contaba con más de 100 militantes en todo el país. “Era todo lo que quedaba entonces del otrora masivo partido, tras las divisiones internas y su primera experiencia de represión y clandestinidad. No obstante su insignificancia numérica, su potencia simbólica como representante nacional de la experiencia soviética y la dimensión internacional que le aporta a la política chilena, parece ser lo que lo convierte en un actor relevante de los acontecimientos del país,” sostiene Olga Ulianova.<sup>47</sup> En buen romance, al comenzar la década el Comunismo carecía de oxígeno entre la masa popular y la estricta línea ideológica de “clase contra clase”, como la denominaban los stalinistas, tampoco contribuía a granjearles simpatías en el ala izquierda del arco político.<sup>48</sup>

---

<sup>46</sup> Las *Actas de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana*, en <http://amauta.lahaine.org/?p=2053>

<sup>47</sup> Olga Ulianova, “Una crisis escuchada como obertura de la revolución,” en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 2: KOMINTERN y Chile 1931-1935*, LOM y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2009, p. 18

<sup>48</sup> Véase Ximena Urtubía Odekerken, *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2016. Para la vida cotidiana

A propósito del trabajo clandestino, mencionado más arriba, por impactar de lleno en la defensa nacional conviene indicar las instrucciones impartidas a las juventudes comunistas: “Hay que transformar el ejército burgués actual en un ejército popular, basado en el contacto estrecho con el pueblo, en la reducción del servicio militar y en la supresión de los cuadros reaccionarios del ejército, especialmente el mando supremo. No volcarse decididamente en la realización de un intenso trabajo en el ejército y en la marina significa caer en el oportunismo más peligroso, dado que la incomprensión de la necesidad de este trabajo oculta dos cosas: que no se comprende la situación existente en Chile y Perú, donde grandes luchas ya han comenzado y otras todavía más amplias y profundas son inminentes.”<sup>49</sup>

Es posible que en lo anterior haya habido mucho de palabrería, pero no se necesita ser freudiano para comprender la intención y el estado de ánimo que ellas traslucían. Para el Comunismo, habiendo concientizado a los suyos, bastaría una coyuntura favorable para tomar por asalto los resortes del Estado. Mientras, hay tascar el freno en la nada heroica búsqueda de alianzas tácticas a fin de avanzar por el camino de la revolución democrático-burguesa.

La resurrección del Comunismo en Chile provino de un vuelco espectacular en su estrategia mundial. La nueva consigna fue Frente Popular, propuesta por Georges Dimitrov en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista reunido en Moscú en julio-agosto de 1935, al que asistieron Elías Lafertte y Carlos Contreras Labarca en representación de la sección chilena del Komintern. La nueva estrategia articuló una respuesta al desafío que planteaba la catastrófica derrota sufrida en Alemania, donde el Partido Nacionalsocialista tras ganar dos elecciones generales, aunque sin alcanzar por sí solo la mayoría absoluta, había alcanzado finalmente el poder. El 30 de enero de 1933 un apesadumbrado presidente de la República de Weimar, el mariscal Paul von Hindenburg, designó Canciller a Adolf Hitler. Inmediatamente se realizaron nuevas elecciones parlamentarias y los nazis y sus aliados nacionalistas de la derecha conservadora alcanzaron la mayoría, lo que les permitió aprobar la Ley Habilitante de 1933, destinada a poner el poder absoluto en las manos del *führer*. Así, con la proscripción de

---

de los militantes de la época, Marta Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, Zig-Zag, Santiago, 1961. M. Vergara fue la mujer de Marcos Chamudes, orador sagrado del Partido Comunista en la Cámara de Diputados y más tarde anticomunista vehemente, como todo buen converso.

<sup>49</sup> Acuerdos del Tercer Pleno del Secretariado General Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista, Montevideo, 1931, ya citado.

todos los demás partidos decretado el 5 de julio, seguida el 14 de julio de ese mismo año por la prohibición de formar nuevos, el Nacionalsocialistas se convirtió en el único partido político, mientras el Partido Comunista Alemán, el más grande y sólido de Europa, fue literalmente aniquilado. Previendo un resultado similar en otros lugares, Moscú clausuró la estrategia de clase contra clase, ya mencionada, ordenando la búsqueda de alianzas con fuerzas políticas de centro y, de manera especial, con la intelectualidad y sectores socialcristianos.<sup>50</sup> La operación en los tres niveles arriba indicados les permitió influir en las decisiones adoptadas por los gobiernos de Frente Popular sin necesidad de pagar los costos de los anticuerpos que generaba su presencia. Desde entonces, los comunistas tienen por costumbre llamar fascistas a todos quienes les enfrentan.

Esta estrategia de supervivencia –ir en medio de los cabestros- tuvo éxito en España, Francia y Chile. En España, la experiencia se saldó con la espantosa Guerra Civil de 1936-1939, en cuyo interior, a su vez, se desarrolló una contienda entre los comunistas -apoyados directamente por la Unión Soviética- y elementos socialistas y anarquistas. En Francia, el Pacto Molotov-Ribbentrop firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939 garantizó a Alemania que Francia permanecería impasible durante la campaña en Polonia y que en junio de 1940 los comunistas y los sindicatos que controlaban sintieran como ajena la debacle. Triste es decirlo, pero la mítica “resistencia” de algunos comunistas al ocupante extranjero sólo apareció después de la invasión de Alemania a la Unión Soviética. En Chile, la creación del Frente Popular la encargó el Komintern a un peruano, Eudocio Ravines, que en esta misión utilizó como seudónimo el de Jorge Montero. Cumplió con acierto su cometido y el 24 de diciembre de 1938 asumió la presidencia de la República Pedro Aguirre Cerda, radical, que había sido el ministro del Interior de Arturo Alessandri Palma en los días del ruido de sables. Para el Comunismo y para el destino de la democracia chilena, aquél fue un paso histórico. Con razón, “el entonces diputado Carlos Contreras Labarca [Secretario General del PCCh desde agosto de 1931] pudo expresar en el Sexto (correspondiente al Décimo de la antigua numeración) Congreso del Partido Comunista -en abril de 1938-, llamado el “Congreso de la Victoria”, que

---

<sup>50</sup> Para conocer cómo se manipuló a los intelectuales para engranarlos inadvertidamente en la perspectiva comunista, Stephen Koch, *El fin de la inocencia*, Tusquets, Barcelona, 1997. Es la biografía del periodista alemán Willi Münzemberg, el agente que orquestó en los años 30 la propaganda stalinista en los medios intelectuales no comunistas de Europa, haciéndola funcional a las directrices del Komintern.

su partido fue el creador y el campeón del Frente Popular chileno.<sup>51</sup> Su aventura en Chile la narró Ravines años después, cuando al igual de Arthur Koesler, Marcos Chamudes y tantos otros, devino anticomunista.<sup>52</sup> Como curiosidad, cabe consignar que la división del espectro político nacional en dos bloques, denominados izquierda y derecha, nació como parte de la campaña de propaganda del Frente Popular. Antes no se empleaba aquí la dicotomía derecha e izquierda, de origen francés, como es sabido.<sup>53</sup> Hoy carece de contenido sustantivo, pero se la usa con frecuencia para diferenciar gotas de agua.

Antes de abordar el Informe del general Berguño es indispensable hacerse cargo de una interpretación o enfoque académico sobre el anticomunismo en Chile que en los últimos años ha tomado cuerpo y según el cual el Partido Comunista nunca representó una seria amenaza la institucionalidad democrática. Ese anticomunismo, se dice, era más bien una disculpa para frenar la ampliación de los espacios de participación y democracia en el país. Lo malo es que si así fuere habría que distinguir cuidadosamente el discurso de la voluntad real de llevar a cabo lo afirmado.<sup>54</sup> Otros, siguiendo la misma idea, han enfatizado su pequeña capacidad militar, por lo que los comunistas habrían sido inofensivos o impotentes, según el caso. Sin embargo, el hecho cierto es que Luis Corvalán, en la cuenta al Pleno del Comité Central del PCCh de agosto de 1977 -el primero tras la intervención militar de 11 de septiembre de 1973-, tras enorgullecerse de los enormes logros alcanzados por la Unidad Popular en la vía hacia el socialismo mediante la ocupación de predios e industrias, dislocamiento del aparato productivo del país, etc, señala que la principal causa de la derrota fue, justamente, una política militar equivocada y unos medios humanos y materiales absolutamente insuficientes para sostener la revolución.<sup>55</sup> No hay motivos para dudar de la sinceridad del Secretario General

---

<sup>51</sup> Citado en Sergio Guiliastagi Tagle, *Partidos políticos chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1964

<sup>52</sup> Eudocio Ravines, *La gran estafa*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1957. También Marta Vergara, op. cit. Con mayor amplitud, Olga Ulianova, “**Develando un mito: Emisarios de la Internacional Comunista en Chile**”, en *Historia* N° 41, Vol I, enero-junio 2008, pp. 99-164.

<sup>53</sup> Con esos términos de clasificó, según la ubicación de los asientos del grupo respectivo, a los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente reunida en París el 14 de julio de 1789.

<sup>54</sup> Véase, en general, Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la ‘campaña del terror’ de 1964*, LOM, Santiago, 2016, y en particular Rolando Álvarez Vallejos, “El Partido Comunista Chileno en la década de 1930: Entre “clase contra clase” y el Frente Popular.” <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/1474-el-partido-comunista-de-chile-en-la-decada-de-1930-entre-clase-contra-clase-y-el-frente-popular>

<sup>55</sup> “La Revolución Chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia: informe al pleno, de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por su Secretario General, compañero Luis Corvalán.” Está en Dibam, Memoria Chilena.

cuando se dirigía a sus pares; no obstante, diríase que sostener aquello a 40 años de la muerte de Antonio Gramsci era una torpeza brutal, porque pretender en serio que para hacerse con el poder un partido nutrido por el marxismo debía, necesariamente, contar con una milicia propia capaz de batir al ejército regular, estaba completamente fuera de la realidad. Pero es cierto, dicho sea en su descargo y en consideración a la actitud mental que predominaba en la izquierda, una década atrás, en su Congreso efectuado en Chillán el año 1967, el Partido Socialista había proclamado la vía armada como única forma de acceder al poder, tal como lo había anunciado Bujarin en un párrafo ya citado. Y, de hecho, a lo largo de los 80 el Partido Comunista de Chile formó una fuerza militar de cierta consideración e incluso preparó a un puñado de combatientes para hacerse cargo de la conducción de las Fuerzas Armadas una vez que el Gobierno Militar fuera depuesto.<sup>56</sup>

Lo expuesto en el párrafo anterior es bastante más que una digresión. Su sentido es, más bien, un llamado de atención a quienes cultivan esta disciplina: jamás debiera perderse de vista que si se quiere historiar en serio, corresponde hacer un esfuerzo para situar los dichos y los hechos en el contexto en que ocurrieron y luego aquilatarlos con los criterios entonces vigentes, no desde las actuales relaciones de poder o desde alguna de las sensibilidades que hoy campean.

La verdad estricta es, pues, que a fines de los 30 y comienzo de los 40 el Comunismo sí era percibido aquí como un peligro para la estabilidad del régimen democrático y una amenaza para las libertades ciudadanas. Lo que estaba ocurriendo en España, cuya guerra civil tenía, entre otras, la connotación de defensa de la Cristiandad a la que el Comunismo intentaba destruir, no podía pasar desapercibida en una sociedad todavía católica, como era la chilena. La Iglesia, que seguía de cerca todo aquello, consideró necesario renovar su rechazo explícito a la ideología, a la praxis y la política de alianzas buscada por Moscú, y con ese propósito el papa Pío XI, en su *Encíclica Divini Redemptoris. Sobre el comunismo ateo*, de 19 de marzo de 1937, señaló *ex cathedra* que “la lucha entre el bien y el mal quedó en el mundo como triste herencia del pecado original, y el antiguo tentador no ha cesado jamás de engañar a la

---

<sup>56</sup> La versión comunista de ese empeño en, Luis Rojas Núñez, *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y el FPMR 1973-1990*, LOM Ediciones, Santiago, 2011, especialmente pp. 227-232. Basta un cruce de nombres para advertir que Sebastián es el *nom de guerre* de Galvarino Apablaza, destinado a ser el Comandante en Jefe de las nuevas Fuerzas Armadas.

humanidad con falaces promesas. Por esto, en el curso de los siglos, las perturbaciones se han ido sucediendo unas tras otras hasta llegar a la revolución de nuestros días, la cual por todo el mundo es ya o una realidad cruel o una seria amenaza, que supera en amplitud y violencia a todas las persecuciones que anteriormente ha padecido la Iglesia. Pueblos enteros están en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor que aquella en que yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor. Este peligro tan amenazador, como habréis comprendido, es el *comunismo bolchevique* y ateo, que pretende derrumbar radicalmente el orden social y socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana.” En dicho documento estampó, también, una advertencia cuidadosamente olvidada: “El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con el comunismo, en terreno alguno, los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana. Y si algunos, inducidos al error, cooperasen al establecimiento del comunismo en sus propios países, serán los primeros en pagar el castigo de su error; y cuanto más antigua y luminosa es la civilización creada por el cristianismo en las naciones en que el comunismo logre penetrar, tanto mayor será la devastación que en ellas ejercerá el odio del ateísmo comunista.” Por cierto, el párrafo 20 de la encíclica estaba dedicado a “*los horrores del comunismo en España.*”<sup>57</sup>

Volviendo ahora al plano nacional, para hacerse una idea del ambiente en que el general Jorge Berguño realizó su Informe, resultará útil sacar del olvido una síntesis plasmada en uno de los más interesantes proyectos intelectuales del pasado siglo, desgraciadamente fracasado: la Enciclopedia Chilena, preparada entre 1948 y 1971 por iniciativa y al alero de la Biblioteca del Congreso Nacional. Como ocurre con los trabajos elaborados por esa entidad, su ponderación está fuera de duda. La ficha pertinente dice así: Durante el gobierno presidido por

---

<sup>57</sup> La *Encíclica Divini Redemptoris* no fue la primera condenación del comunismo por parte de la Iglesia. El mismo Papa, en la *Encíclica Quadragesimo Anno* (1931), había dicho que “el comunismo pretende por todos los medios, aun los más violentos, dos cosas: la lucha de clases encarnizada y la desaparición completa de la propiedad privada. Para conseguirlo, nada hay a lo que no se atreva, ni nada que respete.” Pero ya en 1846, Pío IX en la *Encíclica Qui Pluribus*, había afirmado que “la nefanda doctrina del comunismo contraría el derecho natural, que, una vez admitida, echa por tierra los derechos de todos, la propiedad, la misma sociedad.” El mismo Papa, en su alocución *Quibus Quantisque*, había sostenido que “el comunismo es un sistema horrendo y lamentable, altamente contrario a la razón y al derecho natural, que causa grave daño y aun arruina a la sociedad.” Coherente con tan reiterada línea doctrinal, la Congregación del Santo Oficio –rebautizada como Congregación para la Doctrina de la Fe por Paulo VI- el 1º de julio de 1949 declaró: que para los católicos no es lícito inscribirse en partidos comunistas o prestarles apoyo, y quienes lo hagan no pueden ser admitidos a los sacramentos. “Los fieles que profesan la doctrina del comunismo materialista y anticristiano, y, sobre todo, aquellos que la difunden o se hacen propagandistas de ella, incurren ipso facto, como apóstatas de la fe, en la excomunión reservada de modo especial a la Sede Apostólica.” Por cierto, todas estas disposiciones están vigentes...

Arturo Alessandri (1932-1938) “el Partido Comunista tuvo una agitada existencia. Desde su iniciación hizo oposición intensa, manteniendo una permanente efervescencia. El gobierno tomó en su contra diversas medidas defensivas y en 1937 presentó al Congreso Nacional un proyecto de ley sobre Seguridad Interior del Estado, haciendo ver la necesidad de declarar el comunismo fuera de la ley. Para tal efecto, en una de sus disposiciones prohibía la existencia y organización de partidos que pretendieran implantar por la violencia cualquier ideología política contraria al régimen establecido; y en otra prohibía el uso de emblemas, banderas o uniformes de carácter revolucionario o disolvente. Luego de una agitada discusión en el congreso, este proyecto fue aprobado y promulgado el 12 de febrero de 1937 con el N° 6026.

Realizados en estas condiciones los comicios electorales de 1937 para renovar el Congreso Nacional, el Partido Comunista obtuvo, sin embargo, seis diputados, y un senador, que fue Elías Lafferte. [Para obviar las limitaciones de la Ley N°6026, el Partido Comunista se disfrazó y] Figuró oficialmente con el nombre de Partido Nacional Democrático.

Ya en esa época el Partido Comunista era integrante de la combinación política denominada "Frente Popular", formada por radicales, socialistas, comunistas, democráticos y otros sectores. Dentro de esta combinación, cuyo nacimiento, en Chile como en otros países, había sido impulsado por la Internacional Comunista, el Partido Comunista chileno apoyó la candidatura presidencial de Pedro Aguirre Cerda.

Elegido Presidente de la República Pedro Aguirre Cerda, en 1938, el Partido Comunista chileno tuvo un ancho y libre campo para extenderse. El Presidente quiso llevarlo a integrar su primer gabinete y le ofreció carteras ministeriales; pero el partido no aceptó y prefirió, en cambio, que se dieran a sus militantes gobernaciones, consulados y consejerías.

En esta forma, tuvo el Partido Comunista chileno, en los primeros tiempos del gobierno de Aguirre Cerda, una situación prominente que no había conocido antes. Sin embargo, a poco andar empezó a producirse un evidente distanciamiento, ocasionado por la labor de agitación que el partido realizaba entre el elemento obrero. Diversas huelgas producidas en los campos y en industrias y empresas vitales no hicieron sino contribuir a esta situación. El problema se agudizó a raíz de la enérgica gestión ministerial del Ministro del Interior Arturo Olavarría. Circularon rumores de una subversión comunista que habría de producirse en el país, lo que

movió a los partidos de oposición a presentar en el congreso un proyecto de ley que declaraba la ilegalidad del comunismo, por estimarse insuficiente la ley anterior. Dentro del congreso, este proyecto contó incluso con los votos favorables del Partido Socialista. Aprobado en ambas cámaras, el presidente de la república, sin embargo, lo vetó. (...) Para las elecciones presidenciales de 1942, el Partido Comunista, junto con radicales y otros sectores, integró la "Alianza Democrática de Chile", que propició la candidatura de Juan Antonio Ríos. El candidato contrario, apoyado por liberales y conservadores, fue Carlos Ibáñez del Campo, por quien el Partido Comunista había manifestado públicas simpatías en 1938.”<sup>58</sup>

La narración precedente fue elaborada hace medio siglo por un grupo de expertos y sobre hechos incontestables. Sin embargo, ¿quién recuerda hoy que ya en 1940 y mediante un procedimiento perfectamente democrático el Partido Comunista de Chile estuvo a punto de ser puesto fuera de la ley?<sup>59</sup> ¿Por qué no se ha destacado que la amenaza comunista no sólo era percibida como tal en Chile, sino También en Argentina, por ejemplo, ya que desde 1936 se tramitaba en Buenos Aires un proyecto de ley sobre la represión del comunismo, impulsada por el senador Matías Guillermo Sánchez Sorondo, que al año siguiente presidió la corporación?<sup>60</sup> ¿Y por qué un masón destacado, como lo fue el presidente Aguirre Cerda, que ni psicológica ni menos ideológicamente estaba cerca del Comunismo -pese a que los miembros de la masonería (como los católicos) tenían prohibido el comercio político con ellos- se negó a aceptar la voluntad del Congreso Nacional? Sólo es posible especular sobre el grado de presión que los comunistas pudieron haber ejercido sobre su ánimo, aunque tal vez no podía hacer otra cosa porque a fin de cuentas el Partido Comunista era el *deus ex machina* del Frente Popular, la concertación de partidos que le había instalado en La Moneda. Como fuere, no se puede obviar un dato objetivo y nada desdeñable: en las elecciones parlamentarias de 1941, el Partido Comunista -para la ocasión “disfrazado” de Partido Progresista Nacional- obtuvo 53.144 votos, esto es, el 11,80% del total de votantes.<sup>61</sup> Por supuesto esas cifras no

---

<sup>58</sup> [https://es.wikisource.org/wiki/Enciclopedia\\_Chilena/Partidos\\_pol%C3%ADticos/Comunista,\\_Partido\\_\(2\)/1](https://es.wikisource.org/wiki/Enciclopedia_Chilena/Partidos_pol%C3%ADticos/Comunista,_Partido_(2)/1)

<sup>59</sup> Las motivaciones y tramitación de ese proyecto de ley en Sergio Fernández Larraín, *Traición!!*, s/e, Santiago, 1941

<sup>60</sup> Matías Guillermo Sánchez Sorondo, *Represión del Comunismo. Proyecto de ley, informe y antecedentes*, Ediciones de la Imprenta del Congreso Nacional, Buenos Aires, 1938.

<sup>61</sup> Las cifras en Sergio Guilisasti, op. cit., p. 319. Se trata de un cuadro comparativo de la fuerza electoral del Partido Comunista de Chile entre 1925 y 1961. Es interesante hacer constar que en 1937 el conservador del Registro Electoral borró la inscripción del Partido Comunista de Chile tras dictaminar que era una asociación

corresponden a los miembros del Partido, pero denotan una presencia muy sólida en la escena política, una recuperación notable si se recuerda la sombra a que había quedado reducido hacía apenas una década. ¿Serán necesarias más pruebas para acreditar que en la época objeto de la presente investigación había buenas y sólidas razones para considerar al Comunismo una amenaza digna de atención?

## **EL INFORME BERGUÑO SOBRE LA INDUSTRIA DEL CARBÓN. SU CONTENIDO**

Bajo el rótulo “Ofensiva Comunista”, narra Arturo Olavarría en sus memorias políticas -era a la sazón ministro del Interior del presidente Pedro Aguirre Cerda- que en mayo de 1941 supo que se venía preparando sigilosamente otra intentona del partido comunista para alterar el orden público. Al culminar el verano había controlado una maniobra comunista destinada a boicotear las cosechas, y ahora buscaban manera de paralizar las actividades industriales provocando una situación de caos. “El plan consultaba una huelga que comenzando en la zona salitrera, abarcara en seguida, en Santiago, todos los servicios de utilidad pública, como ferrocarriles, luz, energía eléctrica, agua potable y locomoción colectiva, para rematar con la paralización de las labores en la región carbonífera. Comprendiendo la gravedad que los preparativos tenían para el orden público y la tranquilidad social, me dispuse a desbaratarlos pronta y enérgicamente, antes que fuera tarde.”<sup>62</sup> En ese contexto y con la intención de formarse un cuadro exacto de la realidad imperante en la cuenca carbonífera del golfo de Arauco, solicitó al Ejército que el general Jorge Berguño Meneses, al que conocía, pasara temporalmente a disposición del Ministerio del Interior para que en calidad de Observador del Gobierno, reconociera la zona y advirtiera acerca de las posibilidades que podía tener el Partido Comunista para provocar el cese de las faenas y, en consecuencia, estrangular el aparato industrial del país. Esta comisión se formalizó por Decreto del Ministerio del Interior fechado el 23 de abril de 1941.

El general Jorge Berguño, un oficial reconocidamente culto, interesado como pocos en lo que ocurría más allá de la esfera técnica de su profesión –de otra manera no se explica que

---

ilícita. Ese es el motivo por el que participó en ocasiones con otro nombre... aunque al día siguiente de los comicios los electos se declaraban comunistas.

<sup>62</sup> Arturo Olavarría, *Chile entre dos Alessandri*, Nascimento, Santiago, 1962, T.I., p. 505.

haya sido autor de algunas obras teatrales e incluso vicepresidente de la Sociedad de Autores de Teatro- por su experiencia en Bélgica y Brasil se había formado un cuadro bastante sólido de la amenaza que para Occidente suponía la Internacional Comunista. Tampoco podía ignorar que la zona del carbón era en ese momento el Talón de Aquiles de la estabilidad política, social y económica del país.

Para realizar la tarea encomendada, se hizo acompañar por un oficial de Justicia, el capitán Salvador Tapia Muñoz -que jubilaría con el grado de teniente coronel en 1952-, un ingeniero de minas del ministerio del Trabajo, de apellido Andrade, y de un profesional del área bienestar social, el señor Jorge Harrison. Con su Estado mayor- como le denominó- se constituyó en Lota, desplazándose en forma encubierta y trabajando en terreno durante algunas semanas, recorriendo las faenas y entrevistándose con ejecutivos de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota y profesionales de la empresa, dirigentes sindicales y obreros, visitando incluso a algunas familias de los trabajadores.

En el Informe contiene asuntos de muy diferente naturaleza. Como se desprende de la lectura de su índice de materias:<sup>63</sup>

A.- Introducción.

B.- Producción.

Situación de la producción.

Minerales Provincia de Concepción.

Minerales Provincia de Arauco.

---

<sup>63</sup> El Índice de Materias en El Sur, de Concepción, el lunes 25 de agosto de 1941, p. 7. En portada ese día el titular a ocho columnas es “Gigantesca batalla de tanques en las afueras de Leningrado”. Y la bajada señala a seis columnas, “Churchill hizo anoche severa advertencia contra expansionismo japonés en Extremo Oriente”. Esa era la situación noticiosa del mundo, a tan solo 14 semanas del ataque japonés a Pearl Harbor.

En El Sur, el Informe se publicó por parcialidades, de la siguiente manera: 24.8.1941, pp. 7 y 8; 25.8, p. 11; 27.8, p.7; 28.8, p.7; 29.8, p. 8; 7.9.1941, pp. 7 y 8.

En El Mercurio de Santiago, se publicó entre el 25 y el 31 de julio de 1941.

Minerales Departamento de Lebu.

¿Cómo aumentar la producción?

C.- Seguridad en el trabajo.

Consideraciones generales.

Último accidente en Lota.

Reclamos obreros de orden técnico.

D.- Bienestar Social.

Vida en el interior de las minas.

Observaciones a los datos de las Compañías.

Vivienda.

Condiciones de la Mina.

Sanidad e higiene.

Aspecto educacional.

E.- Disciplina

Consideraciones generales.

Sindicatos.

F.- Sueldos y salarios

Situación de los empleados.

Salarios.

G.- Alcoholismo.

Consideraciones generales.

H.- Alimentación.

Consideraciones generales.

Racionamiento científico. (Cuadro)

I.- Servicios públicos.

Juzgado Mayor Cuantía de Coronel.

J.- Conclusiones

El 11 de julio de 1941, el diario El Sur, de Concepción, publicó que a las 20 horas del día anterior, el general Jorge Berguño había visitado en La Moneda al Ministro del Interior, Arturo Olavarría, entregándole el informe que el Gobierno le encomendara efectuar en la zona carbonífera para establecer las causas de la disminución de la producción del carbón. El documento, según El Sur, consta de unas 300 páginas y está dividido en 35 cuadernillos de entre 10 y 30 páginas. Probablemente lo publicado en El Sur y en El Mercurio de Santiago sea el informe propiamente tal, unas 20 páginas, siendo anexos las restantes. Por la calidad de su trabajo, el general fue felicitado de manera pública por el Gobierno.

En la Historia del Ejército de Chile preparada por el Estado Mayor General y publicada en 1980, el Informe Berguño es abordado en el Tomo IX, pp. 36-44.

Cuánto se conoce hoy del Informe Berguño es lo publicado en la prensa de la época. El documento completo, es decir, el texto publicado más sus anexos, no ha sido visto ni citado en otras investigaciones. A pesar de las pesquisas realizadas en el Archivo Nacional, Archivo de Guerra, Archivo Histórico de Concepción y Biblioteca del Congreso Nacional, tampoco ahora fue posible ubicar algún ejemplar completo.

La síntesis conclusiva de la presente investigación, apunta a que los problemas en la producción de carbón obedecían a la precariedad de las faenas de explotación del mineral, lo que había enrarecido el ambiente por largo tiempo, creando las condiciones para un efecto que es fatal: la dualidad de mando. En este caso, entre los técnicos, supervisores y ejecutivos de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, por un lado, y los dirigentes sindicales por otra, quienes detentaban una cuota de poder que les permitía interceder con éxito y solucionar los problemas que les presentan los trabajadores mediante técnicas de chantaje a la empresa, llegando incluso a determinar qué tiendas comerciales podían funcionar en el Campamento. Por supuesto, esto último no podía ser sano ni es normal; y se tornó inquietante cuando se comprobó -como lo hizo el general Berguño- que “los dirigentes del Sindicato Industrial de Lota ejercen dominio absoluto sobre los 11.400 obreros de la localidad y tienen la intención y la capacidad para apoderarse, en un caso dado, de dicho mineral.” La otra debilidad, esta vez de índole política, radicaba en que la totalidad de los sindicatos estaban en manos del Partido Comunista, de manera que las acciones que se ordenaran desde Santiago –y aún desde más lejos- para forzar alguna medida de interés para el Komintern, tenía ahí el terreno abonado. En cierto modo, entonces, la delicada realidad de la industria del carbón era que incubaba al huevo de la serpiente.

Desnudar una situación como la descrita requería un valor moral extraordinario; mal que mal, el Partido Comunista integraba la coalición de gobierno y la carrera de un oficial es tan frágil como el pétalo de una flor. No es de extrañar, por tanto, que haya sido enorme el impacto provocado en la opinión pública por el Informe Berguño –como se ha dicho lo publicó la prensa de Concepción y de Santiago-. Por de pronto, el 29 de julio se inició en la Cámara de Diputados un encendido debate acerca del grado de control que el Comunismo tenía sobre el aparato productivo del país, donde actuaba en los tres niveles ya varias veces indicados. Como era de esperar, el Partido Comunista y sus cadenas de transmisión -como llamaba Stalin a quienes Lenin había bautizado como “tontos útiles”, con cierta vulgaridad- rechazaron la interpretación que se daba al contenido del Informe. Ha pasado el tiempo y hasta hoy la discusión académica sigue abierta. Por ejemplo, el resumen de un trabajo por demás valioso indica que “en los inicios de la década de 1940 la región del carbón en Chile estaba fuertemente influenciada por el Partido Comunista, situación que se contradecía, de acuerdo a los

empresarios y autoridades nacionales, con el carácter estratégico de aquella industria en el conjunto de la economía nacional. El trabajo examina algunas visiones políticas y empresariales acerca de ese problema y, por otra parte, describe los mecanismos que intentaron frenar la movilización de los trabajadores y el avance comunista, tensionando gravemente las relaciones sociales en la zona.”<sup>64</sup> No es la primera vez, ni será la última, en que se confundan las causas con los efectos. La verdad de las cosas es que las relaciones sociales no se habían tensionado ahí ni en otras zonas industriales del país porque la autoridad frenara la movilización de los trabajadores y el avance comunista, sino porque los órganos del Comunismo incitaban la movilización a fin de provocar el surgimiento de las condiciones sociales y económicas en las que les resulta favorable actuar en procura de sus metas revolucionarias.

---

<sup>64</sup> Hernán Venegas Valdevenito, “Anticomunismo y control social en Chile. La experiencia de los trabajadores del carbón en Lota y Coronel, a mediados del siglo XX”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 16, N°2, 2012, pp. 79-106.

## EPÍLOGO

Como la agitación comunista en la Zona del Carbón se intensificó, no transcurrió mucho tiempo antes de que el Partido Comunista de Chile fuera ilegalizado al aprobarse la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (1948). Luego de una década en la clandestinidad, la Ley de Saneamiento Democrático impulsada por el Partido Demócrata Cristiano le regresó a la legalidad y sólo tardó doce años en aglutinar e imponer su programa a una nueva formación de izquierda, la Unidad Popular.

A pesar de los calurosos aplausos que recibió desde diferentes tiendas políticas, o más bien por culpa de ellas, la carrera del general Jorge Berguño Meneses quedó herida de muerte. Como escribió el general Guillermo Barrios Tirado -quien llegaría a ser Comandante en Jefe del Ejército y Ministro de Defensa- “para la izquierda, no se podía dudar de la mentalidad nazista del General, y por tanto, era el abanderado y el hombre de la derecha para encabezar el nuevo golpe en contra del Gobierno. Para la derecha, Berguño (al que califica de "inteligencia esclarecida") era toda una esperanza y el único capaz de salvar del naufragio a la República”. Por eso no recibió mando de tropas y sólo se le encomendaron tareas en el ámbito deportivo, como la organización del II Pentlaton Militar Sudamericano.

A fines de julio de 1943 le citó a su despacho el Ministro de Defensa, general Óscar Escudero Otárola, quien le manifestó la satisfacción del gobierno del presidente Juan Antonio Ríos por la forma en que había llevado a feliz término una gestión delicada que le había encomendado. Al día siguiente, 29 de julio, le citó nuevamente y le expresó que por instrucciones superiores lamentaba comunicarle que dejaba el Ejército. Se produjo entonces una escena bochornosa, porque el general Berguño junto a asegurarle que hacía efectivo en ese momento su retiro, abrió la puerta del despacho ministerial para que el personal cercano escuchara lo que tenía que decir de su jefe. Y cuentan que unos chilenismos muy bien modulados se escucharon lejos...

Ya en condición de retiro, con un socio formaron una empresa dedicada al comercio exterior, la que hubo de cerrar e ir a residir a Argentina, donde fue gerente de una empresa de

transportes, al saber que se le había implicado en una conspiración que fracasó sólo porque a último minuto el ex presidente general Carlos Ibáñez intervino aduciendo que él tenía mejor derecho a encabezar el alzamiento. Antes de dos años estaba de regreso en Santiago y participó activamente en la creación de ACHA, la Acción Chilena Anticomunista que funcionó entre 1946 y 1948, llegando a contar con una milicia armada en absoluto despreciable. También encaminó sus inquietudes hacia terrenos menos polémicos, como el Instituto de Conmemoración Histórica, en cuyos registros figura su ingreso bajo el número 124. Al dejar el Ejército vendió su casa, ubicada en Simón Bolívar entre Holanda y Chile España -que había comprado 20 años atrás con un préstamo de la Caja de Previsión de la Defensa Nacional- y adquirió otra muy cercana, Chile-España 414, que adaptó para residencia y oficina. Para tener un lugar de reunión familiar y descanso, adquirió una parcela en Las Vertientes, cerca de las Vizcachas; su hijo Sergio recuerda que ahí pasaban las navidades y el verano. Falleció en Santiago el 8 de septiembre de 1983.



El General (R) Jorge Berguño Meneses y familia, c. 1955



El General Jorge Berguño Meneses y un oficial extranjero, probablemente peruano ó mexicano en 1941.

ral Jorge Berguño M.

Berguño con su inteligencia esclarecida y con el buen deseo de servir honorable y lealmente al Presidente, cumplió su misión sin ser advertido en la zona ni por los patrones ni por los obreros. Se confundió en la población, estudió la vida del minero, sus problemas económicos, sociales y políticos y sus observaciones las vació en un largo informe, donde representó la realidad de una situación largamente vivida y que puede sintetizarse así: una empresa comercial explotadora de su capital orientada a lograr el mayor interés de sus capitales, sin considerar para nada a sus obreros, considerados como ilotas.

Un conglomerado obrero trabajador, hábilmente explotado por dirigentes dispuestos a obtener una disciplina férrea hasta llegar a la paralización total de la industria con las fatales consecuencias para el desarrollo de la vida económica del país. Las familias vivían en peligro, con salarios miserables, sin asistencia social, etc., en una palabra, ofrecían un cuadro de miseria fácilmente explotable con fines de orden político.

Un partido comunista que había capitalizado la miseria y el analfabetismo dispuesto a organizar la revolución social desde la zona del carbón.

El General Berguño, con claridad meridiana, puso el dedo en la llaga, y en su informe, dió a conocer la situación sin ambages, como se le aconsejaba su conciencia sana. Desgraciadamente los tiempos eran difíciles y su trabajo fué explotado por la Derecha, porque dirigió sus mejores armas para atacar al Gobierno y al Comunismo, y por supuesto, la Izquierda a atacar al General por mil y una razón, luego de exponer en un trabajo de esta naturaleza. Aplausos por una parte, palos y vejaciones por la otra.

La prensa interesada, durante varios días, dió a conocer el informe de Berguño mientras que la gobiernista defendía a sus aliados y a la Combinación. Para la Izquierda, no se podía dudar de la mentalidad naziista del General, y por lo tanto, era el abanderado y el hombre de la Derecha para encabezar el nuevo golpe en contra del Gobierno. Para la Derecha, Berguño era toda una esperanza y el único capaz de salvar del naufragio a la República.

Todo esto ocurría en el mes de Mayo a Julio del año 1941.

El Ministro del Interior Sr. <sup>Ayala</sup> Olavarría en concepto de esta agradeció al General Berguño su informe.

Página de las Memorias, inéditas, del General Guillermo Barrios Tirado, en que se refiere al General Jorge Berguño.